
GEORGE H. WHITE.
El COLOSO en REBELDIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSE LUIS

CAPITULO PRIMERO

Surgiendo de las profundidades del espacio, un bólido gris, de unos 20 kilómetros de diámetro, cruzó raudamente la órbita del planeta Plutón y se adentró en los dominios del Sol.

Visto a distancia, aquel pequeño globo se parecía a uno de los tantos millones de aerolitos que en el curso del largo año plutoniano cruzaban las fronteras del Reino del Sol, vagabundos del espacio que erraban durante milenios por las inmensidades del vacío interestelar hasta que un destino fatal interponía en su ruta la gigantesca masa de algún planeta, contra el cual iban a pulverizarse en aterradora colisión.

Incluso en los potentes aparatos detectores enclavados en la corteza del aterido Plutón, el aerolito respondía con un "eco" similar al de los innúmeros bólidos cuyo paso registraba celosamente aquella centinela avanzada de la Tierra.

Pero los terrícolas que heroicamente soportaban las duras condiciones de vida en aquel destacamento, situado a 6.500 millones de kilómetros del Sol, sabían positivamente que el bólido gris no era uno más entre los intrusos inconscientes que ellos tenían la misión de vigilar. Porque lo que el radar era incapaz de adivinar acababa de descubrirlo uno de los ultra potentes telescopios electrónicos cuyas gigantescas pupilas de vidrio seguían el derrotero del aerolito misterioso.

Llamado urgentemente desde el observatorio enclavado sobre la dura costra de hielo que cubría completamente al planeta, el comandante del Puesto M-22 abandonó apresuradamente el confortable subterráneo donde se creaban artificiosamente unas condiciones de vida idénticas a las terrestres, y se trasladó a la férrea cúpula que servía de base giratoria al telescopio.

Allí, sobre una enorme pantalla, se proyectaba la imagen del bólido intruso. Este presentaba en torno a su línea del Ecuador un alero saledizo cuyo borde estaba taladrado a distancias regulares por una serie de grandes agujeros de los cuales brotaban sendas y largas llamaradas de un color verdoso.

En los polos, el extraño aerolito mostraba sendas protuberancias refulgentes, como de cristal, rematadas por sendas antenas. Esto, así como la trayectoria del meteórico globo, desterraban toda idea de un planetoide vagabundo. Se trataba de una máquina. Y de una máquina dirigida por una inteligencia humana sin género de dudas. - ¡Un autoplaneta! - exclamó el comandante del puesto M-22 frunciendo el ceño. Y volviéndose hacia el operador de radio que estaba allí ante sus

aparatos, ceñida la cabeza por los auriculares, preguntó-: ¿No ha respondido ese autoplaneta a nuestras llamadas? ¡Vuélvale a ordenar que se identifique!

El operador no contestó enseguida, porque estaba escuchando algo que le hizo desorbitar sus ojos de asombro. ¡Escuchen esto! - dijo conectando el circuito del altavoz.

Y del aparato surgió clara y potente una voz varonil que hablaba en castellano: - ¡Hola, Plutón! ¡Orbimotor "Rayo" contestando a la Estación de Escucha "Eme Veintidós"! ¡Salud, hijos de la Tierra! Os habla Miguel Ángel Aznar, Almirante en jefe de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas y Comandante del autoplaneta "Valera". ¡Cambio!

Una bomba de aire líquido cayendo en el observatorio plutoniano no hubiera causado mayores efectos congeladores que aquella voz jubilosa brotando del aparato de radio.

El comandante del Puesto M-22, sobre cuya coraza de diamantina azul se veía grabado en esmalte un llameante sol amarillo que encerraba la torva testuz de un búfalo rojo, se quedó pálido y sin respiración, como clavado en el suelo.

Y lo mismo, que él, los operadores de radio, los hombres del equipo telescópico y los oficiales que le habían seguido hasta el Observatorio quedaron inmóviles y estupefactos, expresando en sus rostros las alternativas sensaciones de terror, incredulidad y asombro que les hacía temblar de pies a cabeza.

Hubo un largo y aplastante silencio. Hasta que un oficial de la Armada exclamó: - ¡No puede ser! Miguel Ángel Aznar fue abandonado por la tripulación de "Valera" en un planeta thorbod deshabitado, sin medios para regresar a la Tierra antes de quinientos años! ¡Eso lo sabe todo el mundo desde que "Valera" volvió hace un par de siglos!

- En doscientos años, Miguel Ángel Aznar y los millones de Aznares que fueron abandonados con él, pudieron tener tiempo de crear y desarrollar una industria, desde la fabricación de la primera fragua hasta la construcción del primer orbimotor capaz de hacer un viaje de cincuenta años-luz y llegar hasta la Tierra. - ¡Pues debe tener ahora la edad de Matusalén! -exclamó un capitán de la Armada Imperial-. Miguel Ángel Aznar debía contar unos treinta años cuando fue obligado a desembarcar en aquellos planetas thorbod. Cuenten dos siglos para construir su primer orbimotor, añádanle cincuenta de viaje y verán que suman... ¡Doscientos setenta años!.

- Con cerca de tres siglos a cuestas debe estar hecho un anciano decrépito e inofensivo -apuntó otro oficial.

El comandante del Puesto gritó: -¿Cuándo se ha visto que un Aznar sea inofensivo? ¡Hasta sus tumbas tuvimos que abrir y esparcir sus

cenizas al viento para que los veinte mil millones de estúpidos que reverencian su memoria no las convirtieran en objeto de culto místico! Joven o viejo, la presencia de Miguel Ángel Aznar en el mundo de los vivos puede desencadenar la revuelta más grande de cuantas hemos ahogado desde que "Valera" regresó y los Balmer fundamos nuestro Imperio. Así que, ¡muévanse! Hemos de detener o destruir ese orbimotor antes que pueda llegar a la Tierra. Porque si nuestros enemigos encontraran un caudillo en este legendario Aznar… ¡Ay de nosotros!

Aquellos hombres, en cuyos petos y mangas campeaba el emblema del búfalo rojo de los Balmer, no necesitaban de más para sentir estimulado su celo.

Breves segundos después, las altas antenas enclavadas sobre la costra de hielo de Plutón radiaban instrucciones a las escuadras siderales que patrullaban las inmensidades del vacío espacial entre aquel planeta y el Sol, para que interceptaran al intruso.

Mientras tanto, en la resplandeciente ciudad-concha encerrada en la mitad superior de la gigantesca máquina interplanetaria, los altavoces profusamente instalados en esquinas y plazas gritaban: - ¡Atención, ciudadanos!

Los peatones que deambulaban por las aceras de cristal se detuvieron bajo los altavoces.

Y en los aparatos de radio de los automóviles que rodaban envueltos en un suave zumbido, la misma voz anunció: - ¡Atención, ciudadanos! ¡Os habla Miguel Ángel Aznar!

El tráfico se detuvo instantáneamente. Y en los hogares, en las oficinas y en los talleres, los altavoces gritaron también:

- "Con el paso por la órbita del planeta Plutón acabamos de cruzar la frontera del Reino del Sol. ¡Estamos en casa, camaradas! "

Y la ciudad-concha se estremeció con el estentóreo "¡Hurra!" lanzado simultáneamente por 20.000 gargantas emocionadas. La gente corrió alocadamente de un lado para otro. Hombres y mujeres, ancianos y niños, parientes, amigos, conocidos y desconocidos se abrazaron riendo y llorando en las calles, en las fábricas y en el seno de los hogares, celebrando el término de aquel azaroso viaje de 40 años a través del aterrador vacío espacial en busca de la patria de la Humanidad: el planeta Tierra.

Aquel rugido de entusiasmo llegó también hasta la cámara de derrota del orbimotor, situada 5.000 metros por debajo de la ciudad, y arrancó una sonrisa de los labios de Miguel Ángel Aznar.

Este, contrariamente a lo que de él pensaban los terrícolas destacados en el puesto de vigilancia de Plutón distaba mucho de ser un viejo decrépito de casi tres siglos de edad.

Se trataba, en realidad, de un hombre joven, de unos 30 años, alto,

esbelto y de ágiles movimientos.

Tenía negros y ondulados los cabellos, oscuros e inteligentes los ojos, y correctas y agradables las facciones.

Vestía una raída casaca de desvaído color y sobre sus anchos hombros descansaban holgadamente las placas de acero azul con el distintivo de su rango; cuatro enormes diamantes tallados en forma de lucero, emblema del Almirante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas y Comandante del autoplaneta "Valera"

De pie junto al Almirante había un hombre también joven, rubio y vigoroso, que por su nombre y parentesco estaba íntimamente ligado a las legendarias proezas de Miguel Ángel. Su nombre era José Luis Balmer.

Ambos llevaban allí horas, erguidos sobre la plataforma que dominaba la cámara de derrota con su interminable pantalla televisora, absortos en la contemplación del astro que brillaba en la negrura del espacio, compartiendo la emoción que les producía el pensamiento de que aquella lejana luminaria era el Sol, la gigantesca lámpara a cuyo calor nació y habitó en la Tierra la Humanidad de que ellos eran separados miembros.

Un hombre de los que estaban sentados ante el banco circular que rodeaba la plataforma se volvió tendiendo un papel. Miguel Ángel lo tomó, le echó un vistazo y frunció el ceño. - ¡Qué tontería! ¿Detenernos, por qué? -exclamó.

- Dicen que necesitan verificar nuestra identidad, señor.

- Pues contésteles que llevamos todavía demasiada velocidad para detenernos. Eso debieran saberlo.

Y si lo que quieren es vernos la cara... bien, pueden mandar un destacamento para que pase a bordo de nuestra nave.

El operador de radio asintió y el Almirante se volvió hacia José Luis Balmer.

- Te apuesto lo que quieras a que el comandante de ese puesto de vigía no puede dar crédito a sus oídos. Por eso quiere verificar nuestra identidad. ¿De dónde iban a imaginar aquí que el Almirante Aznar volvería para acusar personalmente a los hombres que le traicionaron, amotinándose contra él y dejándole abandonado a su suerte en un remoto planeta thorbod?

- Verdaderamente -repuso José Luis con sarcasmo-. Es una lástima que los rebeldes de "Valera" no vivan aún para morirse de un berrinche viendo aparecer redivivo y tan campante al jefe que creían en forzado exilio.

- No importa -contestó el Almirante con ironía-. Me cabe la satisfacción de saber que el Gobierno de los Planetas Federados castigó según se merecía a los cabecillas del motín de "Valera" - Bueno, en realidad no sabes con certeza lo que pasó aquí el día que

"Valera" rindió viaje y su tripulación dio cuenta de lo ocurrido.

- Es cierto. Mi satisfacción se basa en puras deducciones, pero ya falta poco para salir de dudas -repuso Miguel Ángel con sequedad.

El operador de radio se levantó a medias para entregar un pedazo de papel a Miguel Ángel.

- La respuesta de Plutón, señor.

El Almirante echó un vistazo al papel y lo estrujó entre sus dedos exclamando: - ¡Qué gente más estúpida! ¿A qué viene tanta insistencia en que nos detengamos?

Del extremo opuesto del banco circular que rodeaba a la plataforma se levantó un hombre que se acercó llevando otro papel.

- Acabo de interceptar este mensaje, señor -anunció.

Miguel Ángel tomó el papel y lo leyó entre dientes:

- "Del comandante del Destacamento de Vigías de Plutón a los comandantes de todas las Patrullas Siderales de la Armada Imperial. Punto. Orbimotor tipo "R-20KD" tripulado por Miguel Ángel Aznar, ex almirante Fuerzas Expedicionarias Terrícolas, diríjase rumbo 096 dirección Centro Punto. Intercéptenlo y destrúyanlo inmediatamente."

Miguel Ángel levantó los ojos del papel y los clavó estupefactos en la cara del operador de radio. - ¿Estás seguro de haber interpretado correctamente este mensaje, Arfer? -preguntó.

- Sí, señor.

El almirante volvió a leer el papel, miró a su cuñado, y luego otra vez a Arfer.

- Vuelva a su puesto y permanezca a la escucha por si repiten este radio -ordenó con cierta frialdad en la voz.

Se quedó mirando al muchacho mientras éste regresaba junto a su receptor de radio.

José Luis Balmer le tocó ligeramente en un brazo. - ¿En qué estás pensando? - le preguntó.

Miguel Ángel a su vez preguntó: - ¿Crees que Arfer se equivocó en la interpretación de este radio?

- Me alegraría que hubiera confundido "destrúyanlo" con "captúrenlo" o cualquier otra palabra parecida.

- A mí también me alegraría, pero algo me hace presentir que Arfer no se equivocó. Además, la diferencia entre captura o destrucción no es tan grande que altere completamente el sentido de esa orden.

Lo cierto es que se me persigue apenas se tiene noticias de mi llegada al Reino del Sol. Esto es algo incomprensible y completamente distinto a lo que yo esperaba. - ¿Vas a obedecer la orden de detenerte?

El almirante miró pensativamente hacia la rutilante estrella que se veía en el fondo de la pantalla de televisión. Súbitamente asió el micrófono que tenía al alcance de su mano y gritó: - ¡Comandante a Jefe de Vuelos! ¿Me escucha?

- Contralmirante Albatros al habla. ¿Qué ocurre, Miguel Ángel? - preguntaron por el altavoz.

- Escuche esto, Albatros. Los vigías de Plutón nos han visto y nos contaminan a detenernos enseguida.

Al mismo tiempo hemos captado un radio donde se ordena a. las patrullas siderales que nos intercepten y aniquilen. Ignoro qué significa esto, pero sí sé decirle que esas patrullas nos encontrarán preparados si se acercan a nuestro orbi-motor con el propósito de torpedearnos. Así que apreste su flotilla de destructores para salir al espacio a la primera señal de alarma. - ¡Diantre! ¿Qué mosca puede haberles picado a esos idiotas para que nos reciban de tal manera? - exclamaron por el tornavoz.

- Eso es precisamente lo que me propongo averiguar antes de ponernos en sus manos.

- Bien. Corro a reunir las tripulaciones. Hasta luego.

Miguel Ángel cortó la comunicación. José Luis Balmer le miró a los ojos.

- No estarás pensando en ofrecer resistencia, ¿verdad? Las Patrullas Siderales terrícolas pueden barrernos del espacio en un abrir y cerrar de ojos. - ¿Tú crees? - desafió el almirante con la voz y la mirada.

- Ten en cuenta que en la Tierra han trascurrido más de dos mil años desde que nuestros abuelos salieron de aquí con el autoplaneta "Valera" rumbo a Nahúm. La civilización terrícola habrá progresado enormemente en estos dos milenios mientras los tripulantes de "Valera" vivíamos un solo siglo. Sería arriesgado confiar en la fuerza irresistible y en la sorpresa de nuestros torpedos liliputienses para rechazar el ataque de nuestros propios hermanos de raza. ¡Sabe Dios la de cosas que se habrán inventado aquí mientras "Valera" estaba ausente, y los poderosos medios de destrucción que se pondrán en juego contra nosotros si ofrecemos resistencia!

- Si la idea de esos "hermanos" es asesinarnos, defenderemos nuestras vidas a cualquier precio. - ¿Pero por qué habían de querer hacerlo? - protestó Balmer.

Y Miguel Ángel exclamó: - ¡Diablo! ¡Eso quisiera saber yo!

- El mensaje que interceptó Arfer debe estar equivocado. ¡Es preciso que lo esté! - insistió José Luis Balmer.

- Saldremos de dudas en cuanto interceptemos otro - aseguró Miguel Ángel.

Pero las horas trascurrieron rápidamente sin que en los aparatos receptores del "Rayo" se captara ningún nuevo mensaje. El autoplaneta dejó atrás la órbita de Neptuno y siguió volando a una velocidad todavía considerable rumbo al Sol.

En estos momentos, el orbimotor navegaba bajo la dirección del profesor Valera y sus jóvenes astrónomos. Valera en persona llamó por

teléfono desde el Observatorio astronómico: - ¡Hola, sala de control! - ¿Han averiguado ya cuál es la posición de la Tierra en estos instantes? - preguntó Miguel Ángel.

Valera contestó:

- Sí. La veremos aparecer por detrás del Sol, dentro de unos momentos si nuestros cálculos no fallan.

Su mujer está aquí con el alcalde y otros notables de nuestro mundo particular. ¿No quiere subir usted para ser de los primeros en ver la Patria de nuestros antepasados a través del telescopio?

- Subiré.

Pocos minutos después, Miguel Ángel Aznar y José Luis Balmer estaban sobre el ascensor que, elevándose 11.000 metros sobre la ciudad-concha, les depositó en la grandiosa cúpula trasparente enclavada en el Polo Norte del orbimotor.

Una mujer joven, alta, morena y llena de encantos en plena sazón, se adelantó hacia Miguel Ángel. - ¿Qué ocurre, querido? - preguntó ofreciéndole la mejilla para que la besara-. Circulan por la ciudad rumores de que vamos a ser atacados por la Flota Terrícola. Eso es absurdo, ¿verdad?

Un nutrido grupo de personas, todas ellas notables por sus profesiones o por los altos cargos que desempeñaban a bordo del autoplaneta, rodearon a Miguel Ángel haciéndole preguntas. El comandante de la astronave mostró el mensaje interceptado y añadió:

- Tengo la esperanza de que haya sido un error en la interpretación de este radio, pero por si acaso he ordenado movilizar todos nuestros elementos defensivos.

- Esperamos que sea una falsa alarma -dijo el alcalde de la ciudad-concha, uno de los Aznares más viejo de la colonia errante.

El profesor Valera gritó en aquellos instantes: - ¡Señores! ¡Tierra a la vista!

El grupo entero corrió hacia la pantalla donde eran proyectadas las imágenes captadas por el monstruoso ojo del telescopio electrónico. Y entonces se vio muy cerca del borde incandescente del Sol un pequeño disco azul que tenía en su parte inferior un cuerno luminoso, y en la superior otro disco de color blanco. - ¡La Tierra! - exclamaron varias voces roncas de emoción.

- Sí. La Tierra con su fiel satélite la Luna y nuestro perdido autoplaneta "Valera" girando en torno a ella como un segundo satélite.

Miguel Ángel clavó sus ojos en el pequeño disco blanco que brillaba por encima del planeta. Aquel era el fabuloso autoplaneta "Valera" Su vista le emocionaba quizá más que la contemplación de la Patria de sus abuelos, porque era en el autoplaneta "Valera" donde él había nacido, donde gozó los días más felices de su existencia y ¡ay!, también donde vivió las horas más dramáticas y amargas de cuantas

podía recordar. - ¡Así que está ahí! -murmuró entre dientes- regresó a la Tierra y no ha vuelto a marchar!

El zumbador del radiovisor mosconeó sin que nadie le prestara atención. - ¿Cómo es posible que "Valera" continúe aquí al cabo de doscientos años que deben haber transcurrido desde su regreso? - preguntó un viejo almirante de los que en tiempos pasados tenían su base de operaciones en el fantástico autoplaneta.

La sorpresa del anciano almirante Aznar tenía su razón de ser. Porque "Valera" era la base perpetua de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas, y su misión consistía en estar surcando el espacio continuamente, bien para mantener vivos los lazos de hermandad entre estos planetas y los de Redención, donde una rama de la Humanidad terrícola había echado nuevos y vigorosos brotes, bien para llevar mensajes de buena voluntad a otros pueblos desconocidos y remotos como hizo últimamente en su viaje a Nahúm.

- Algo muy grave debe haber retenido a "Valera" aquí -apuntó José Luis Balmer. Miguel Ángel contestó:

- Algo que tal vez esté relacionado con un profundo cambio en las costumbres y la forma de gobierno de estos planetas. ¿No se han dado cuenta ustedes de que la Armada Sideral Terrícola se llama hora "Armada Imperial", según se desprende del mensaje que interceptamos?

Los hombres allí reunidos apartaron los ojos de la pantalla para cruzar entre sí una mirada de perplejidad. - ¡Toma, pues es verdad! ¿Cómo no caímos antes en ello? - exclamó José Luis Balmer. El alcalde refunfuñó:

- No estarán insinuando que la Tierra se ha separado de la Federación de Planetas para constituirse en Imperio, ¿verdad?

Uno de los filósofos más notables de la colonia apuntó: - ¿Quién sabe? Nuestra imaginación es demasiado pobre para adivinar la forma en que habrá evolucionado la civilización terrícola durante los dos milenios que hemos estado separados de ella. Tal vez una relajación de las costumbres haya traído como consecuencia una regresión a las primitivas formas de gobierno. Eso ocurre siempre que la sociedad se corrompe y se hace necesaria la aparición de una minoría selecta que, acaudillada por una voluntad vigorosa, se sitúa al frente de la nación hasta que ésta recobra la noción de su ser y se siente capaz de gobernarse otra vez por sí misma.

El zumbido del radiovisor cortó bruscamente la acalorada discusión que iba a comenzar allí mismo. Uno de los ayudantes del profesor Valera fue hasta el aparato y lo encendió. En la pantalla se iluminó en maravilloso relieve y en colores naturales la imagen de don Marcelino Aznar. - ¿Qué ocurre, tío? - preguntó Miguel Ángel.

La imagen de la pantalla contestó:

- Los serviolas electrónicos anuncian la presencia de una numerosa flota sideral que acude desde Saturno para interceptarnos el paso. A la velocidad que avanzamos sobre ella la tendremos encima antes de una hora. - ¿No se ha recibido ningún nuevo mensaje?

- Ninguno.

- Bien. Bajo enseguida.

La imagen de la pantalla empezó a desvanecerse. Más de pronto cobró nuevo vigor. Y el almirante llamó: - ¡Espera, Miguel Ángel!

El almirante cedió su puesto a uno de los ingenieros de radio de la cámara de control. Este era muy joven y parecía excitado.

- Señor -dijo- El almirante Jefe de la Cuarta Flota Sideral nos manda su imagen. Dice que quiere hablar con usted.

Un general movimiento de curiosidad reunió a cuantos había en el Observatorio en torno al radiovisor.

Miguel Ángel parpadeó un instante y ordenó:

- Perfectamente. Conversaremos por este mismo aparato.

El ingeniero salió de la pantalla. En ésta aparecieron unas imágenes borrosas, y enseguida la de un emperifollado personaje que, a través de varios millones de kilómetros de distancia, clavó sus azules pupilas en las oscuras y serenas de Miguel Ángel Aznar.

CAPITULO II

El hombre de la pantalla era corpulento, fuerte, rubio, de más de un siglo de edad sin duda, si bien solo aparentaba unos 50 años por la misma razón que Miguel Ángel Aznar con cerca de 70 años, aparecía con el vigor y la juventud de los 30.

Vestía el almirante uno de aquellos trajes rígidos de diamantina azul que venían a ser como el traje de vuelo o la armadura de guerra de los modernos astronautas y soldados.

Pero el almirante se había despojado de la escafandra y las rígidas fundas de los brazos, y por las aberturas de los hombros salían las mangas de una deslumbrante blusa tejida en hilo de oro puro, recogidas en las muñecas por sendos pasadores de esmeraldas.

La coraza, a su vez, se diferenciaba de las corrientes por estar adornada con profusión de dibujos y arabescos en esmalte verde y oro. Un ostentoso y llameante sol de esmalte dorado cubría toda la anchura del peto. En el centro de este sol destacaba en rojo la torva testuz de un búfalo de grandes cornamentas.

Un artístico casco, también de diamantina azul, rematado por alta y ondulante cimera de plumas amarillas y verdes, con el mismo sol y la cabeza del búfalo sobre la frente, cubría la cabeza del altivo almirante.

Frente a éste, Miguel Ángel sintióse a su pesar ligeramente avergonzado. De sus antiguas galas de almirante sólo le quedaban los

luceros y las chapas de acero de sus charreteras, pulidas y desgastadas por el largo uso. Sus ropas eran viejas, raídas y descoloridas. Comparado al emperifollado almirante debía parecer poco menos que un pordiosero.

- Soy el almirante de la Cuarta Flota Sideral Imperial -anunció el hombre en la pantalla con voz campanuda- Y usted, ¿quién es?

- Mi nombre es Miguel Ángel Aznar -repuso el joven con modestia. -¿Hijo tal vez del que fue almirante de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas? - preguntó el jefe de la IV Flota con desprecio.

El joven contestó:

- No el hijo, sino el mismo que fue Almirante Mayor de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas y Comandante en Jefe del autoplaneta "Valera". La sonrisa despreciativa desapareció de los labios del empingorotado almirante de la IV Flota. Este miró receloso las chapas de acero que descansaban sobre los hombros de Miguel Ángel. -¡Imposible! - exclamó-. Si fuera así debiera tener usted doscientos años de edad, sobre poco más ó menos.

- Está usted en un error -repuso Miguel Ángel-. Ustedes creen que los expulsados de "Valera" nos quedamos en nuestro destierro durante doscientos años, hasta construir este orbimotor. Lo que ocurrió en realidad fue que encontramos en nuestro destierro medios para regresar a Nahúm, pedir allí esta aeronave y emprender el regreso directo a la Tierra. Por lo tanto, los dos siglos que "Valera" lleva aquí fueron solamente un par de años para los que viajábamos por el espacio a la velocidad de la luz; los dos años que empleamos en ir a Nahúm y regresar al punto desde el cual comenzó la carrera de "Valera"

El almirante de la IV Flota se humedeció los labios con el extremo de la lengua. Se le veía desconcertado y sorprendido.

- Bien -dijo al cabo con brusquedad-. Para el caso tanto da que sea usted el hijo del almirante Aznar o el almirante en persona. Más le hubiera valido no ser ninguno de los dos, ni llevar el apellido Aznar siquiera. Los Aznares ya no gozan del prestigio que tenían en otros tiempos. Hoy día son los Balmer quienes destacan en los puestos más honrosos del Imperio. Y el almirante golpeó con sus nudillos la testuz del búfalo rojo inscrito en el llameante sol de la coraza. El mismo Emperador Jorge Octavo es un Balmer descendiente de aquel que en la Historia eclipsa las hazañas del primer Aznar.

Miguel Ángel palideció ligeramente.

- Debí suponerlo al ver el emblema de la tribu Balmer decorando su preciosa coraza - dijo burlón.

Y el almirante de la IV Flota agregó desdeñosamente:

- Debió suponerlo mucho antes, al disponerse a emprender el regreso a la Tierra. ¿O suponía usted que los rebeldes de "Valera"

aceptarían el duro castigo que el Gobierno Federal quería imponerles? ¡No, amigo! Nosotros, los Balmer, éramos dueños de la nave que había abierto tantos horizontes a la Humanidad. Teníamos el autoplaneta "Valera", el trasporte de tropas más enorme que el hombre tendrá jamás a su servicio, una poderosa Flota y un mundo con la facultad de trasladarse a donde le viniera en gana llevando en sus entrañas a todos los Balmer del Universo en el caso improbable de que nos viéramos obligados a huir. Pero no fue necesario escapar. Teníamos una formidable baza en nuestras manos y supimos jugarla.

- Y formaron un Imperio a su medida -insinuó Miguel Ángel.

- Sí. Barrimos del cielo a la Armada Terrícola, derrotamos al Gobierno Federal, invadimos estos planetas y coronamos Emperador a un Balmer. Por cierto, que Jorge Octavo se sentirá muy dichoso de capturar al último Aznar de la larga dinastía de tiranos que nos tuvieron en jaque durante tantos milenios.

Miguel Ángel se volvió a mirar a sus compañeros. Luego, sonrió débilmente y dijo:

- Aun sintiéndolo mucho no voy a poder proporcionar esa alegría a Jorge Octavo.

- Le advierto que no tiene usted escape posible. Llevo conmigo una Flota de cinco mil unidades y hay otra Flota igualmente numerosa corriendo a cortarle la retirada por la espalda. Por lo demás, estamos dispuestos a perseguirle hasta el propio Nahúm. Así que obrará juiciosamente rindiéndose ahora mismo -aseguró el almirante. Miguel Ángel contestó: - ¿Por qué? ¿Acaso su Emperador piensa hacerme un recibimiento apoteósico y cubrirme de honores?

- No sé lo que nuestro Emperador hará con usted, pero sí puedo predecirle lo que le ocurrirá si se niega a capitular. Mi Fuerza atacará y hará pedazos su orbimotor.

- Entre ser reducido a pedazos aquí o ser descuartizado en presencia de la "nobleza" y el Emperador, prefiero no servir de diversión a nadie. - ¿Quiere decir que se niega a capitular? - preguntó el almirante sorprendido.

- Eso mismo -repuso Miguel Ángel-. Si quiere mis pedazos tendrá que venir por ellos.

Desde el fondo de la pantalla, los ojos del almirante se clavaron en el rostro de Miguel Ángel. Y alargando la mano hasta el interruptor cortó de golpe la conexión.

Fue Carmen Valdivia la primera en reaccionar, y lo hizo corriendo a echarse en los brazos de su marido. - ¡Oh, qué desgracia! -exclamó llorando- ¡Y pensar que creíamos que al llegar aquí tendrían fin todas nuestras penalidades! ¿Qué haremos, Miguel Ángel? ¿A dónde podemos ir, si también en el Reino del Sol somos perseguidos?

La pregunta era de fácil respuesta. No podían ir a ninguna parte.

Los mundos más cercanos donde podían hallar refugio, los nahumitas o los redentores, distaban decenas de años-luz de la Tierra.

José Luis Balmer dio un paso hacia su cuñado. - ¿No te parece que has obrado un poco a la ligera rechazando de plano la propuesta del almirante? -preguntó- Aparte de tu persona hay a bordo de esta nave veinte mil hombres, mujeres y niños que también saltarán en pedazos cuando saltes tú. ¿Es que has pensado sacrificarlos contigo?

Un relámpago de ira cruzó por las oscuras pupilas de Miguel Ángel. Palideció y luego se sonrojó mientras decía:

- Estoy seguro de que todos y cada uno de esos veinte mil hombres, mujeres y niños rechazaría indignado la idea de entregarme a mis enemigos para que ellos pudieran salvarse.

José Luis le contestó:

- Bien, eso es cierto. Pero es a los líderes dotados de conciencia a quienes incumbe decidir si deben arrastrar consigo a la ruina a sus fieles, o debe sacrificarse él sólo por todos. - ¡José Luis! - gritó Carmen Valdivia- ¿Nos estás invitando a que nos entreguemos a nuestros verdugos para que tú y los demás cobardes como tú podáis salvar la vida?

José Luis Balmer palideció y dijo:

- No soy un cobarde, sino un hombre con conciencia. Si yo fuera el jefe de esta nave y fuera a mí a quien buscaran los verdugos, iría ahora mismo a entregarme para que mis camaradas no pagaran conmigo mis propias culpas.

Miguel Ángel gritó: - ¿Y qué delito he cometido yo para que tenga que entregarme a los de tu tribu? ¡Di! ¿Es un crimen apellidarse Aznar, ni ha intervenido mi voluntad para que me llamara así?

- Es una fatalidad como cualquier otra -contestó José Luis.

- Entonces también es una fatalidad que tú te encuentres a mi lado y tengas que correr mi misma suerte.

- Pero a esa desgracia se puede poner remedio -insistió José Luis sonrojándose-. Tú no puedes evitar ser quien eres, pero sí puedes salvar a tus amigos saliendo al encuentro de quienes te reclaman.

Debieras pensar que, de todas formas, nos arrastras a todos a un sacrificio estéril. Tú morirás lo mismo si te entregas que si ofreces resistencia hasta sucumbir frente a tus enemigos.

- Si no tuviera la menor probabilidad de sobrevivir ¿eres que hubiera sido necesario que tú me recordaras mis deberes? - gritó Miguel Ángel furioso.

Su cuñado exclamó: - ¡Ah! ¿Pero has soñado siquiera por un momento en derrotar a las Flotas que nos rodean?

- Te demostraré que puedo hacerlo barriéndolas del espacio en diez minutos. -¿Con nuestros torpedos enanos? ¡Qué tontería! También en la Tierra debe conocerse el procedimiento de reducir torpedos de diez

metros de longitud al tamaño de un cigarro.

- Pues por extraño que parezca, no se conoce. - ¿Cómo lo sabes?

- El propio almirante de la IV Flota lo dio a entender. ¿O crees que el Gobierno Federal hubiera sido derrotado por la flota valerana si aquí se conociera nuestro invento? Los rebeldes de "Valera" que llegaron aquí hace dos siglos eran hombres de la misma generación que nosotros. No tenían ni la más remota idea de que fuera posible eliminar los espacios vacíos existentes entre la materia constitutiva del átomo. Llegaron aquí y vencieron al Gobierno Federal con las mismas armas que sirvieron para derrotar a los nahumitas.

Nunca hubieran podido hacerlo frente a la sorpresa de los armamentos liliputienses.

José Luis Balmer parpadeó un momento bajo la mirada triunfal de su cuñado.

- Bien -dijo tras una pequeña pausa-. Supongamos que todavía es posible sorprender a la Flota Terrícola con nuestro alud de torpedos enanos. Supongamos que destruimos la IV Flota Imperial de los Balmer. ¿Y después? ¿Qué haremos? ¿A dónde iremos? Nuestra provisión de torpedos no puede compararse a la de "Valera", sin contar el stock de los arsenales de la Tierra, Venus, Marte. Aunque aniquilemos ahora a la Cuarta Flota seguiremos siendo un grano de polvo frente a las formidables fuerzas siderales de los Balmer. Escaparemos esta vez, sí. Pero, ¿y luego? No podemos emprender otro viaje de otros cincuenta años hasta Nahúm o los planetas del cortejo de Redención. Tendremos que seguir aquí. Y este orbimotor es demasiado grande para que pueda ocultarse.

- Evacuaremos el "Rayo" metiendo toda la gente y nuestro pequeño ejército en la flotilla de destructores -contestó Miguel Ángel- Nos dividiremos en pequeños grupos. Dos o tres destructores pasan desapercibidos en medio del espacio o pueden ocultarse en el fondo de un océano durante años enteros.

José Luis exclamó: - ¿Ese es el porvenir que nos ofreces a tus amigos? ¿Vivir como proscritos años y años, perseguidos como alimañas hasta que, uno hoy, otro mañana, nos vayan capturando y destruyendo a todos?

- Luego que hayamos rechazado el ataque de la Cuarta Flota cada cual quedará en libertad de escoger la suerte que más le acomode. Aunque todavía sabemos poco del Imperio de los Balmer, colijo que este Imperio fue impuesto a la fuerza y que la gente vive en estos planetas sometida a los dictados de sus conquistadores por la violencia y el terror. Si es así me propongo luchar hasta el último aliento por la libertad de estos pueblos. Lo que nunca haré será entregarme a los Balmer sin antes haber averiguado lo que ocurre en estos desdichados planetas.

Miguel Ángel consultó a sus amigos con la mirada, y éstos respondieron con enérgicos movimientos de cabeza.

El joven almirante prosiguió:

- Tú eres un Balmer, José Luis. Fuiste uno de los cabecillas del motín de "Valera" y sólo contra tu voluntad y por amor a tu hija te quedaste con nosotros. Has luchado a nuestro lado y nos has soportado con ejemplar paciencia pero nunca traicionaste los ideales de tu tribu. Estás con los tuyos y no te lo reprocho.

Quiero hacerte justicia facilitándote los medios para reunirte con los tuyos. Podrás marchar luego que hayamos dispersado a la Cuarta Flota.

José Luis enrojeció hasta la raíz de sus rubios cabellos.

- Señor alcalde -dijo Miguel Ángel- Voy a salir con la flotilla de destructores y no tendré tiempo de comunicar al pueblo lo que ocurre.

- Ve tranquilo, hijo. Nosotros nos encargaremos de eso y de organizar la evacuación -dijo el anciano.

Miguel Ángel tomó del brazo a su esposa y la arrastró consigo hasta el ascensor. Mientras bajaban hacia la ciudad, Carmen Valdivia lloraba silenciosamente. - ¿Por qué? - gimió retorciéndose las manos-. ¿Por qué el destino ha de hacerte caudillo de las causas perdidas?

- Olvida eso ahora, querida. Ve a casa a recoger a los viejos y llévalos a la Compuerta Sur antes que empiece el tumulto. No lleves contigo más que lo estrictamente indispensable. - ¿Debo avisar también a tu hermana y a tu sobrina?

- No. Mi hermana se debe a su marido y en ningún modo quiero que influyas en ella para que venga con nosotros. Y otro tanto ocurre con Merceditas. La muchacha hará lo que haga su madre.

El ascensor se detuvo al nivel de la grandiosa plaza. Miguel Ángel besó rápidamente a su esposa, subió a un automóvil eléctrico y se hizo conducir a la base de la flotilla.

En un corredor de 500 metros entre la ciudad y las paredes de la esfera se alineaban impecablemente 200 aparatos que adoptaban fielmente los perfiles de otros tantos tiburones grises con la nariz amarilla, de un centenar de metros de longitud cada uno. Estos aerodinámicos aparatos no descansaban sobre el piso, sino que flotaban en el aire a unos palmos de altura.

Los elevadores automáticos estaban dado fin a la tarea de introducir en los destructores largos tubos de acero de brillante color rojo, cada uno de los cuales albergaba en sus entrañas 1.000 torpedos en miniatura, del tamaño de grandes cigarros habanos.

En el "argot" de la pequeña fuerza sideral del "Rayo", estos tubos se conocían con el nombre de "latas de puros". Pero bajo una designación tan desprovista de tecnicismos se ocultaba en realidad uno de los procesos más extraños de cuantos llevaba realizados la Ciencia; el de

la supresión de todo el espacio vacío existente entre los constituyentes de la materia.

Este invento, que al principio no pareció tener ninguna utilidad práctica, fue aprovechado por Miguel Ángel Aznar para reducir los "tanques" robot al tamaño de bellotas, y los torpedos atómicos de 10 metros de largo a las dimensiones de un cigarro puro.

Con haber conseguido esto, el inventor no habría progresado mucho ni alcanzado ningún fin práctico si las máquinas así reducidas de tamaño tío tuvieran la facultad de recobrar su corpulencia anterior. Porque los artefactos así "comprimidos" perdían todas sus cualidades combativas.

Pero siendo posible hacer que las máquinas recobraran su talla normal a la vez que sus propiedades ofensivas, la táctica de los combates siderales cambió por completo. A partir de este instante, un solo buque de guerra podía trasportar tantos torpedos como toda una flota.

Las "latas", después de ser lanzadas al espacio por el procedimiento corriente, reventaban esparciendo su contenido. Instantáneamente cada "cigarro" se hinchaba hasta convertirse en un mortífero torpedo de cabeza de combate atómica que, guiado por un cerebro electrónico, se dirigía solo hacia el blanco.

Así, provisto de 10 tubos lanzatorpedos, cada destructor de la flotilla del "Rayo" podía lanzar simultáneamente 10.000 torpedos autómatas de tipo corriente. Para realizar la misma hazaña con torpedos no reducidos se necesitarían unos 200 acorazados de 300 metros de longitud, cada uno de los cuales montaba 50 tubos para lanzar.

El automóvil eléctrico depositó a Miguel Ángel al pie de uno de los destructores, el cual enarbolaba la insignia almirante. Por una escalerilla de cristal, el joven pasó a bordo del buque sin que le saludaran toques de silbato ni otras ceremonias que se usaban en las unidades de una Flota regular al recibir a bordo a su almirante.

La flotilla de destructores no era una unidad militar al servicio de un país determinado, sino propiedad particular y exclusiva de Miguel Ángel Aznar, lo mismo que el autoplaneta "Rayo". El agradecido Gobierno de los Estados Unidos de Bagoah se los había regalado en recompensa a sus inestimables servicios.

Miguel Ángel lucía con doble derecho las insignias de almirante, ya que lo era por la Armada de los Estados Unidos de Bagoah y por la Armada de la Federación de Planetas Terrícolas. Pero tratándose de mandar una flota tan pequeña, cuya única misión consistía en proteger al indefenso "Rayo", le parecía ridículo titularse a sí mismo almirante y rodearse de los saludos, taconazos, toques de ordenanza y demás zarandajas propias de una unidad regular, pero discordantes

con el carácter particular de esta Flota.

Además, los hombres que tripulaban sus buques no eran soldados sujetos a un reglamento militar, sino sus amigos. Exigirles acatamiento hubiera sido como obligarles a pagar con humillaciones el hospedaje de que disfrutaban.

A bordo del destructor "Magallanes", el contralmirante Albatros saludó a Miguel Ángel.

- Los serviolas sólo han avistado hasta ahora cinco mil buques enemigos -dijo Miguel Angel-Para una fuerza tan pequeña bastará con la mitad de la flotilla de destructores. Yo me haré cargo de ella. Usted puede quedarse aquí con el resto para ir tomando a la gente según vayan llegando.

Albatros saltó a tierra. Los altavoces gritaron: - ¡Primera escuadrilla! ¡Prepárense para zarpar!

Cien de los extraños navíos en forma de tiburón cerraron silenciosamente sus escotillas y se destacaron de la formación moviéndose lentamente hacia la enorme boca del tubo de expulsión. El aparato tripulado por Miguel Ángel se introdujo en aquel tubo. La compuerta se cerró tras él.

Desde el puente del acorazado "Virginia", el cual enarbolaba la insignia del almirante don Rodrigo Balmer, el jefe de la IV Flota vio al esbelto destructor que salía lanzado del autoplaneta y sonrió burlonamente. Junto a él, en rígida posición de firmes, estaban sus ayudantes, el comandante y los primeros oficiales del navío.

- Miguel Ángel se dispone a morir con honor. Está sacando al espacio sus destructores.

La información era obvia, porque todos los tripulantes del acorazado podían verlo a través de las pantallas conectadas con el telescopio electrónico.

- Bien -añadió don Rodrigo en medio del respetuoso silencio de sus oficiales-. Le dejaremos lanzar todas sus fuerzas. - Y luego añadió con marcada ironía-: Que no se diga que no le dimos ninguna oportunidad.

Quince minutos más tarde, los cien destructores del "Rayo" estaban en el espacio volando en dos filas a ambos lados del autoplaneta.

El almirante don Rodrigo esperó cinco minutos más, y viendo que no salía ningún nuevo aparato exclamó: - ¡Cómo! ¿Es que Miguel Ángel sólo lleva cien destructores en su máquina?

Un ayudante contestó respetuosamente:

- Eso parece, Excelencia.

Su Excelencia contempló durante dos minutos al orbimotor. Luego dijo:

- Que avance la primera flotilla de destructores. Con eso bastará para hacer pedazos a esos locos. - ¡Adelante la primera flotilla de destructores! - gritó el ayudante ante el micrófono.

Un millar de esbeltos navíos en forma de tiburones, pintados de brillante color rojo, se destacaron de la formación y avanzaron hacia el "Rayo".

El almirante gritó: - ¡Que lancen los destructores!

Y los destructores lanzaron.

Cinco mil torpedos con cabeza atómica salieron de los tubos de proa de los mil destructores y avanzaron en una línea ondulante, guiados hacia el orbimotor y los cien solitarios destructores enemigos por sendos cerebros electrónicos.

El almirante, que aquel día sentíase de buen humor, exclamó:

- Requiescat in pace.

Y sus oficiales contestaron a dúo: - ¡Amén!

- Veamos qué hacen esos idiotas -dijo don Rodrigo.

- El enemigo lanza ahora -anunció un oficial.

En efecto, los cien destructores de Miguel Ángel acababan de lanzar por todos sus tubos.

Un millar de torpedos rojos salieron al espacio expulsados por el aire comprimido y estallaron cuando todavía estaban muy cerca de los buques.

A través de su pantalla, desde el puente de su buque, el almirante don Rodrigo Balmer frunció el ceño al ver como todo el espacio en torno al orbimotor se llenaba de varios centenares de miles de pequeñas chispas, las cuales empezaron a hincharse enseguida despidiendo cegadora luz. - ¿Qué diablos…? - empezó a preguntar su Excelencia.

Pero don Rodrigo Balmer no terminó su pregunta. Con sus propios ojos podía ver una aterradora ola de torpedos autómatas que avanzaba barriendo el espacio en dirección a su Flota. ¿De dónde salieron aquellos torpedos? El almirante no podía explicárselo. Habría sido necesaria una Flota 50 veces mayor que la suya propia para poner simultáneamente en el espacio aquellos. ¡cinco millones de torpedos!

El almirante sintióse bañado en sudor frío. Hizo un esfuerzo para dominar la primera arremetida del pánico y echó apresuradamente un pequeño cálculo.

Puesto que su Flota podía lanzar 500.000 torpedos por minuto, necesitaría por lo menos 10 minutos para reunir en el espacio los cinco millones de torpedos autómatas que eran indispensables para contener al enemigo.

A la distancia que se encontraban y a la enorme velocidad que avanzaban uno contra otro, el almirante disponía de 15 minutos para nivelar sus fuerzas de choque con las de su pequeño enemigo. Así que ordenó apresuradamente: - ¡Lance toda la escuadra ¡ ¡Por todos los demonios del infierno…, lancen sin parar!

Y toda la Flota lanzó por todos sus tubos. En los 10 primeros

segundos, 100.000 torpedos autómatas de cabeza de combate atómica fueron lanzados al espacio. Otros cien mil se unieron a los primeros en los diez segundos siguientes…

En el corazón de don Rodrigo Balmer, la llama de la esperanza parpadeaba sólo débil y agónicamente.

No sabía cómo se las había arreglado Miguel Ángel para disparar tan tremenda cantidad de torpedos en una sola vez desde sus cien pequeños destructores. Pero si aquellos demonios de aznares lo hicieron una vez cabía en lo posible que dispararan cinco millones de torpedos a renglón seguido, antes que la IV Flota pudiera reunir en el espacio fuerzas de choque superiores.

Y esto mismo pensaba Miguel Ángel desde el puesto de su esbelto destructor. Sabía que para barrer del espacio a la flota enemiga había de tener siempre en el espacio un número superior de torpedos.

Y ordenó: - ¡Lancen!

Cada destructor lanzó simultáneamente por sus diez tubos. Un millar de "latas de puros" saltaron al éter y reventaron esparciendo cada uno 1.000 torpedos en miniatura. Cada uno de estos pequeños husos empezó a hincharse enseguida despidiendo un fantástico halo de luz verdosa.

Tres segundos más tarde, cinco millones de torpedos robot habían recobrado su talla normal, arrojando lenguas de llamas por sus toberas.

La segunda oleada de máquinas robot surcó raudamente el negro espacio. Poco después, la primera oleada entablaba combate con los torpedos de vanguardia de la IV Flota Sideral Imperial.

Lucharon las máquinas entre sí, y el espacio se llenó de deslumbrantes y silenciosas explosiones atómicas.

Los supervivientes de la primera apocalíptica embestida siguieron adelante para estrellarse contra la segunda andanada de torpedos de la IV Flota. El número de robots iba reduciéndose con rapidez, y los últimos se estrellaron contra la última andanada de la Flota Imperial.

Pero entonces llegó la segunda oleada de Miguel Ángel, quien no encontrando oposición se abalanzó con furia contra los navíos siderales, girando, pirueteando y yendo a estrellarse contra los puntos más vulnerables de los buques.

Ante los pensativos ojos de Miguel Ángel Aznar, toda la IV Flota Sideral Imperial ardía en medio de un fantástico crepitar de explosiones atómicas. Cada buque enemigo encajó por lo menos medio centenar de torpedos. Diez minutos más tarde, la orgullosa Flota de Don Rodrigo Balmer había sido reducida a un montón de chatarra.

En el espacio flotaban, moviéndose a distintas velocidades, los restos de cinco mil buques destrozados y varios millares de náufragos, unos encerrados en sus sólidas y herméticas armaduras de cristal,

otros congelados en el espacio frío del cero absoluto sideral.

CAPITULO III

La flotilla de Miguel Ángel siguió volando junto al orbimotor hasta que, al cabo de una hora, empezaron a salir uno tras otro los destructores que se habían quedado evacuando los 20.000 tripulantes del autoplaneta.

A medida que unos destructores salían lanzados por la esclusa Norte, los que estaban en el espacio iban entrando por la esclusa Sur.

Miguel Ángel fue el primero que entró en el orbimotor. Junto a la boca del tubo, esperaban para ser cargadas en los buques altas pilas de cajas de cristal y varios centenares de "latas de puros".

En estas cajas, de tamaño y aspecto de simples envases de conservas, estaba contenido el Ejército Robot de Miguel Ángel reducido de tamaño.

Allí esperaban también Carmen Valdivia; doña Mercedes Aznar, la madre de Miguel Ángel, una señora que no aparentaba más de 40 años; el padre político de Miguel Ángel, profesor Valdivia. Y también esperaban José Luis Balmer, su esposa y su hija.

Miguel Ángel desembarcó. Y mientras las carretillas eléctricas llevaban hasta su buque parte del material allí reunido, habló con José Luis. - ¿Has decidido ya lo que vas a hacer? José Luis contestó:

- Sí. -¿Quieres ir a reunirte con los de tu tribu? - Si mantienes tu palabra de facilitarme los medios, marcharemos ahora mismo.

Miguel Ángel Aznar miró a su hermana Estrella y a su sobrina Mercedes. - ¿Así, os vais con él? - preguntó. Y como Estrella demostrara deseos de echarse a llorar, añadió-:

No os lo reprocho. Al contrario, considero que vuestro deber es acompañarle.

Doña Mercedes se echó a llorar. José Luis la miró dolido y se volvió hacia Miguel Ángel.

- Debieras convencer a tu madre para que viniera con nosotros - dijo-. Nada malo puede ocurrirle estando conmigo. En la Tierra, al menos, podrá encontrar una vida digna y libre de cuidados. Si la llevas contigo la obligarás a vivir tu misma azarosa existencia de proscrito, luchando y huyendo continuamente hasta que al fin os capturen u os maten. - ¡Jamás abandonaré a mi hijo! - aseguró doña Mercedes.

Miguel Ángel apuntó: - ¿Y vas a abandonar a tu hija y a tu nieta? José Luis tiene razón, mamá. Debes marcharte con ellos La vida que yo y mis amigos vamos a emprender no es la más adecuada para ti. Bastante has sufrido ya. - ¿Pero tú…?

- Yo estaré más tranquilo sabiendo que te encuentras a salvo con tus

hijos.

La señora de Aznar miró a Estrella y a Mercedes a través de sus lágrimas.

- Ven con nosotros, abuelita -suplicó la nieta, la cual aparentaba unos 20 años, si bien contaba cerca de 80.

La dama miró a Miguel Ángel. Este suplicó:

- Te lo ruego, mamá. Ve con ellos.

- Iré, puesto que tú lo deseas -murmuró doña Mercedes.

- Es lo mejor -aseguró Miguel Ángel. Y volviéndose hacia su cuñado añadió-: Los destructores son demasiado valiosos para nosotros en estos momentos, de manera que no puedo prescindir de ninguno para que os lleve. Pero el orbimotor marcha arrumbado y podéis continuar hasta que llegue a una distancia conveniente para abandonarlo. Ante la esclusa de oriente está en su sitio de costumbre la falúa que me regalaron los bagoahbitas. Con ella podréis llegar cómodamente a la Luna, o a la misma Tierra, si queréis.

- Sí -dijo José Luis-. La falúa es una nave sobradamente capaz para hacer esa travesía. Te lo agradezco mucho.

- Subid ahora al destructor -dijo Miguel Ángel- Os dejaremos en la esclusa Este.

El grupo trepó hasta la aeronave. Poco después, habiendo tomado a bordo gran cantidad de cajas y piezas de maquinaria desmontada, el destructor se puso en movimiento avanzando a lo largo del espacio libre existente entre los arrabales de la ciudad y las paredes interiores de la gigantesca esfera.

Después de recorrer nueve kilómetros a escasa altura sobre el suelo, el destructor "Magallanes" se detuvo ante la casa de máquinas de la esclusa Este. La señora de Aznar, su hija, su nieta y su yerno desembarcaron después de despedirse de Estrella. Miguel Ángel bajó también.

La despedida se llevó a cabo en medio del aplomante silencio que reinaba en el interior de la enorme esfera hueca. La ciudad, completamente abandonada, parecía muerta.

- Bueno -murmuró Miguel Ángel-. Cuanto más abreviemos este momento mejor.

Su madre le abrazó llorando. Su hermana y su sobrina le besaron también. José Luis le tendió la mano, y Miguel Ángel dudó.

- Estréchala -le dijo José Luis con voz extrañamente ronca-. Esta mano jamás se levantará contra ti.

- Así lo espero -dijo el joven almirante. Y estrechó la mano de su cuñado.

- Ahora -dijo mirando a las mujeres- llévatelas de aquí.

Y mirándolas por última vez giró sobre sus talones y trepó rápidamente por la escalerilla de cristal hasta el destructor.

La aeronave en forma de tiburón hizo sonar su estridente sirena y se puso en movimiento. Otra vez hizo sonar su sirena, pero entonces había trascurrido media hora y se introducía en el tubo de lanzamiento.

Aquel fue el último saludo del destructor "Magallanes" a la astronave que durante 55 años le había servido de base, trasladándose desde la remota galaxia nahumita al Reino del Sol.

Poco después la flotilla se reunía en el espacio y se separaba del autoplaneta. La Flota Imperial, que según el almirante Balmer venía persiguiendo al "Rayo", no había sido avistada. La velocidad del "Rayo" en aquellos instantes era todavía considerable.

La flotilla de destructores, al abandonar el autoplaneta, iba impulsada por la fuerza de la inercia de éste.

Y tuvo que acelerar vigorosamente para separarse de él. Aun así, el "Rayo" fue visible desde los destructores durante un par de horas. Luego, se quedó atrás y a estribor mientras la flotilla ponía rumbo al planeta Saturno.

Miguel Ángel había escogido a Saturno como escondite, entre otras cosas, por ser éste el mundo más cercano en aquellos momentos.

La horrenda soledad de Saturno se prestaba bien a los propósitos de Miguel Ángel. Esta colosal esfera, dentro de la cual cabrían mil globos como la Tierra, era todavía una masa de gases en fermentación. Pero en él, no obstante, existían ya islas de escorias en proceso de enfriamiento, del tamaño de continentes, donde la planta del hombre no podría posarse, pero donde sí era susceptible de encontrar refugio una flota de buques que no fuera muy numerosa.

La flotilla, después de deslizarse junto a una de las once lunas de Saturno, descendió hacia el maravilloso anillo del planeta.

Este anillo de Saturno había sido en la remota infancia de la Astronomía uno de los enigmas más extraños del Universo. Galileo, que fue el primer hombre que lo vio a través de un imperfecto telescopio, no reconoció su forma ni pudo dar explicación de él.

Pero luego la Ciencia lo despojó de su carácter misterioso demostrando que no era un cinturón sólido como en un día se creyó, sino un inmenso cúmulo de pequeñas lunas que circundaban al planeta y estaban dotadas, lo mismo que éste, de un movimiento de rotación.

En realidad y visto de cerca, el fulgente anillo de Saturno carecía de aquella belleza que tomaba visto desde lejos. En la pantalla del puente del destructor "Magallanes" el vistoso cinturón luminoso fue deshaciéndose hasta que el buque se encontró navegando sobre lo que parecía una interminable corriente de rocas, algunas de varios kilómetros de diámetro, otras tan grandes como una casa de 20 pisos, las más del tamaño del mismo buque para abajo, hasta el volumen de

una pelota de fútbol.

Todo aquel torrente de grandes y pequeños pedruscos, formando un cinturón de muchos kilómetros de anchura y más aún de profundidad, marcaban ordenadamente en la misma dirección como soldados disciplinados desfilando al mismo paso, sin adelantarse ni atropellarse unos a otros.

Entre estas lunas grandes y pequeñas mediaban distancias de caprichosa irregularidad, que en ocasiones alcanzaban hasta cuatro o cinco kilómetros.

- Un magnífico lugar para escondernos -aseguró el contralmirante Albatros mirando el incesante desfile de rocas-. El radar enemigo no podrá detectarnos a distancia, y ni siguiera con los telescopios nos verán, confundidos con estos pedruscos.

- Sí -dijo Miguel Ángel-, Nos refugiaremos aquí por lo pronto. Albatros preguntó:

- Almirante, ¿puedo preguntarle qué se propone hacer luego que nos hayamos escondido?

- Desde luego, puede usted preguntarlo- contestó Miguel Ángel-. Sólo que yo no puedo darle una respuesta, porque todavía no lo sé.

Y tras una breve pausa añadió:

- Que los buques vayan entrando en el anillo uno a uno. Nosotros seremos los últimos.

Dada la orden oportuna por radio, los destructores fueron abandonando la formación y desapareciendo uno tras otro en el caótico cúmulo de grandes y pequeños peñascos. Al cabo de un buen rato el "Magallanes" quedó solo.

- Ahora nosotros -indicó Miguel Ángel al piloto.

El destructor descendió suavemente, serpenteando entre las errantes rocas y se hundió, por decirlo así.

Mirando en todas direcciones Miguel Ángel sólo podía ver a su alrededor, por encima y por debajo, rocas y más rocas, desnudas, polvorientas, de todas las formas imaginables De pronto, los ojos del joven almirante vieron asomar por detrás de una masa rocosa un monstruoso ser de grandes y saltonas pupilas, un hocico prominente y unas espantables fauces armadas de doble fila de afilados colmillos en forma de sierra. - ¡Atención! ¡Buque enemigo por la demora dos, uno, siete! ¡Distancia dos!

La verdad se abrió paso a través del cerebro de Miguel Ángel con la velocidad de un relámpago. El tal monstruo era un tiburón, sí. Pero no un tiburón cualquiera, sino un destructor sideral del mismo modelo y características de propio "Magallanes", al cual se habían pintado ojos y boca para completar el sorprendente parecido con los escualos, según era costumbre en la Armada Sideral Terrícola.

Todo lo demás ocurrió en unos breves segundos.

Dar la alarma los serviolas electrónicos y lanzar sus torpedos el tiburonesco destructor fue todo uno.

Miguel Ángel vio salir como relámpagos los cinco torpedos de los tubos de proa del intruso. Y respondiendo más bien a un instinto reflejo que a su propia voluntad, saltó como un muelle hacia el inmediato cuadro de instrumentos y apretó en él un botón colorado.

Si Miguel Ángel hubiera tardado dos segundos más en oprimir aquel botón eléctrico, los cinco mortíferos torpedos del atacante habrían alcanzado al "Magallanes"

Pero al apretar aquel botón, un cañón de seis bocas montado en la proa del destructor funcionó rápida y silenciosamente disparando un proyectil de 30 milímetros cada segundo por cada una de sus seis bocas de fuego.

Las pequeñas granadas eran en realidad torpedos robot reducidos por el sistema del profesor Valdivia al calibre de los cañones. Estos proyectiles, apenas salieron del cañón se hincharon en medio de otros tantos globos de fuego. Tres segundos más tarde, recobrado su tamaño natural, se ponían en movimiento.

Como perros furiosos, los 24 torpedos así lanzados en la corta ráfaga se arrojaron contra los cinco que llegaban desde el buque enemigo.

La colisión se produjo a sólo unos metros del "Magallanes" y los trozos de metal despedidos por las siete u ocho explosiones resonaron al golpear contra el casco del buque. Ni la descarga de las ametralladoras ni las explosiones produjeron ruido alguno, porque el sonido no se transmitía en el vacío.

Los catorce o quince torpedos robot del "Magallanes", que no habían encontrado enemigo contra quien estrellarse, controlados por cerebros electrónicos, pusieron rumbo al destructor agresor.

El buque enemigo, viendo venir aquel puñado de proyectiles, lanzó otros cinco torpedos con sus tubos de proa y saltó bruscamente hacia arriba para escapar.

Ocho de los cinco torpedos del "Magallanes" se estrellaron contra sus cinco enemigos haciéndolos estallar. Los restantes se arrojaron contra el buque enemigo. Dos estallaron contra su proa y el buque saltó bajo aquel mazazo brutal. Otro reventó contra el costado del destructor, y los otros cuatro le atacaron en la tobera de popa abriendo un tremendo boquete que destrozó al sistema propulsor y dejó al navío paralizado.

Miguel Ángel que había seguido a través de la pantalla la corta y enconada lucha de los torpedos, volvió a oprimir el botón eléctrico de la ametralladora.

Veinticinco torpedos surcaron el espacio dejando tras de sí sendas rayas de fuego, se metamorfosearon en ruta y ya convertidos a su talla

normal, atacaron sañudamente al enemigo.

Los hombres, al construir estas máquinas robot, parecían haberlas dotado de un soplo de su propia maldad. Los torpedos, actuando con perversa intención, fueron a buscar precisamente los puntos donde sus antecesores ya habían abierto brecha. Al estallar en estos sitios debilitados, los torpedos se abrieron paso hasta las mismas entrañas del navío.

El destructor saltó en dos pedazos cuando uno de los robots estalló en su interior. Y los que todavía quedaban en el espacio atacaron inmisericordes los dispersos pedazos del enemigo vencido.

Un minuto más tarde había concluido todo. El destructor flotaba en el vacío por la misma fuerza de gravedad que sostenía al cúmulo de rocas girado en torno al planeta.

Miguel Ángel contempló los restos del destructor. Súbitamente frunció el entrecejo. Lo desfrunció y preguntó: - ¿Ve usted lo mismo que yo, Albatros?

Porque en la cola del tiburón, polvorienta y descolorida, se veía la insignia de las Fuerzas Siderales Terrícolas. - ¡Caramba! - exclamó Albatros- Yo diría que ese es el emblema que llevaban nuestros buques antes que los Balmer lo sustituyeran con la cabeza de su condenado búfalo.

Y Miguel Ángel ordenó: - ¡Prepárense para salir a socorrer a los náufragos!

Parte de la tripulación empezó a ajustarse las escafandras a sus armaduras de cristal. Albatros preguntó: - ¿Cree usted posible que este navío no forme parte de la Armada de los Balmer?

Y Miguel Ángel contestó: - Pronto lo sabremos.

La expedición de socorro estuvo preparada en un instante. Veinte hombres provistos de armadura y escafandra, llevando en la espalda sendos aparatos impulsores, salieron al espacio y volaron como grandes pájaros sin alas hacia los restos del destructor.

Cuando regresaron al cabo de una hora traían consigo media docena de náufragos que inmediatamente fueron introducidos en el "Magallanes"

Miguel Ángel les esperaba junto a la esclusa de vacío y miró uno por uno a los seis supervivientes. De éstos, uno era una mujer.

- Quítenles las escafandras.

Los mismos prisioneros ayudaron a sus aprehensores a despojarse de las grandes esferas de cristal.

Miguel Ángel vio entonces cinco rostros demacrados, barbudos, mugrientos, y seis pares de ojos profundamente hundidos en las cuencas que le miraban a su vez con un brillo de febril aborrecimiento. La mujer no presentaba mucho mejor aspecto. Sus ojos verdes llenaban casi todo su rostro enjuto, donde los ángulos de

los pómulos y las quijadas se acusaban brutalmente bajo la lividez de la piel.

Una tufarada de carne sudorosa y sucia hirió el olfato de Miguel Ángel. - ¿Quiénes son ustedes y de dónde salen con esa facha? - preguntó.

Los prisioneros cambiaron entre sí una mirada de inteligencia. Miguel Ángel preguntó: - ¿No quieren contestar? - ¡Hágase el tonto, amigo! -contestó bruscamente uno de los cautivos-. Demasiado sabe quiénes somos.

- Si lo supiera no lo preguntaría -aseguró Miguel Ángel. Y esta respuesta pareció desconcertar a los prisioneros, quienes nuevamente cruzaron entre sí una mirada de perplejidad.

Miguel Ángel esperó un momento y viendo que ellos continuaban encerrados en obstinado mutismo, prosiguió: - ¿Por qué no quieren hablar? Dispongo de medios para hacerles soltar la lengua, aun contra su voluntad. Ustedes no pertenecen a la Armada Imperial de los Balmer, ¿verdad?

Uno de los prisioneros contestó: - ¿Quiere que le regalemos el oído? Pues bien, no somos imperialistas, sino terrícolas libres, miembros del Movimiento de Resistencia y todo ello a mucha honra. - ¡Oh, magnífico! -exclamó Miguel Ángel riendo. Y dirigiéndose a sus hombres ordenó: - Lleven a estos muchachos a los lavabos y a la peluquería. Denles ropa limpia y tráiganlos a mi presencia luego.

Los astronautas hicieron seña a los prisioneros para que les siguieran. Pero éstos no se movieron. - ¡Oiga! - exclamó el que parecía gozar de cierta autoridad sobre todo el resto del grupo-. ¿A qué viene tanta amabilidad? ¿Es que ahora el hacha del verdugo de los Balmer sólo acepta cortar cuellos limpios y cabezas despiojadas?

Miguel Ángel contestó regocijado:

- Nada tienen que temer de los Balmer, al menos mientras se encuentren a bordo de mi buque. Mi nombre es Miguel Ángel Aznar.

El prisionero miró ceñudo la limpia y aristocrática mano que le ofrecía Miguel Ángel. - ¿Que broma es ésta? - preguntó. - Ninguna broma, amigo -aseguró el contraalmirante Albatros-Este hombre es Miguel Ángel Aznar, tan cierto como hay Dios.

Los prisioneros se miraron y sonrieron.

- Hemos visto el emblema de la familia Aznar pintado en el casco de este buque -aseguró el prisionero de mayor edad-. Pero eso no demuestra nada. No es la primera vez que el Servicio Secreto de los Balmer intenta hacer pasar por Miguel Ángel a uno de sus espías. - ¿Cuándo fue eso? - preguntó Miguel Ángel.

Él prisionero contestó secamente.

- Cuando los Balmer pensaron que sólo un hombre del prestigio de Miguel Ángel sería capaz de acaudillar bajo un mando único los

dispersos grupos de guerrillas que desde hace dos siglos luchan cada uno por su lado. Si no les hubiéramos desenmascarado a tiempo, el falso Miguel Ángel nos hubiera conducido a una mortal emboscada.

- Comprendo -murmuró Miguel Ángel- Ustedes temen que los Balmer vuelvan a intentar repetir la jugarreta, ¿no es cierto? Bien, espero aportar pruebas más fehacientes que las de aquel espía sobre mi identidad. Porque si hay fuerzas siderales que todavía luchan contra los Balmer es muy posible que me interese entrar en contacto con ellas.

El prisionero sonrió desdeñosamente y Miguel Ángel ordenó:

- Llévenselos y denles de comer. Parece que lo necesitan.

Los ojos de los prisioneros relampaguearon codiciosos al oír la palabra "comida" Y se aprestaron dócilmente a seguir a sus aprehensores.

CAPITULO IV

Dos horas más tarde Miguel Ángel entraba en el salón donde sus prisioneros daban fin a una comida copiosa.

Limpios, afeitados y con los cabellos recortados, los hombres parecían otros completamente distintos. La muchacha también estaba desconocida. Aunque flaca, tenía bonita figura. Y posiblemente sería también agraciada sin las huellas que el hambre había impreso en su rostro. - ¿Quién de ustedes es el capitán Flórez? - preguntó Miguel Ángel.

- Yo, señor -dijo uno de los hombres poniéndose en pie. - ¿Quería usted hablarme?

- En efecto, señor. Temo haber pecado de precipitado negando redondamente que fuera usted Miguel Ángel Aznar. Tal vez lo sea en verdad. - ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

El hombre vaciló. Luego abarcó todo el buque son un amplio ademán.

- No sé explicarle en qué consiste el cambio, pero flota algo en este ambiente que transpira a sinceridad. Uno se siente aquí como entre amigos.

- Y lo está en realidad, capitán. Tenga la bondad de sentarse.

El hombre dudó y finalmente se dejó caer en el asiento.

- Estos caracteres -dijo señalando una de las latas de conserva vacías-. ¿qué quieren decir?

Miguel Ángel contestó riendo: - ¿No lo sabe usted? Es escritura nahumita. Todos nuestros alimentos proceden de allá. En otros tiempos, los oficiales de la Armada Terrícola hablaban con igual corrección que el castellano las lenguas thorbod y nahumita.

- Yo no soy un oficial de la Armada -repuso Flórez-. La Armada

Terrícola dejó de existir luego que los Balmer la destrozaron. Algunos millares de buques sobrevivieron a la derrota y huyeron buscando refugio en distintos lugares para seguir luchando en pequeños grupos. Al principio teníamos almirantes y oficiales competentes al frente de las guerrillas, pero al cabo de doscientos años han acabado por desaparecer todos. Sus hijos, nacidos a bordo de los buques que todavía lucían las insignias de la Armada Federal, les sustituimos en el mando con mejor o peor fortuna. No hubo tiempo para enseñarnos el thorbod ni el nahumita. En la actualidad, cada buque se gobierna por sí mismo y actúa según a su comandante mejor le parece.

- Pues no cabe duda que aprendieron bien las lecciones de sus padres. Sólo faltó el grueso de un papel para que usted nos alcanzara con sus torpedos.

El guerrillero clavó en Miguel Ángel sus pupilas absortas y dijo:

- Precisamente de eso quería hablarle. ¿Cómo se las arregló para lanzar aquella nube de torpedos en un segundo? Sus hombres me han dicho que los torpedos fueron disparados como granadas por una ametralladora. ¿Es cierto eso?

- Sí.

El capitán Flórez hundió la mano en el bolsillo y extrajo un pequeño objeto que produjo un ruido metálico al ser depositado sobre la mesa de cristal. Se trataba de un pequeño arácnido, una tarántula de color negro y brillante del tamaño de una bellota.

- Esto me lo dio uno de sus hombres -dijo Flórez- ¿Quiere hacerme creer que usted es capaz de convertir este juguete en una tarántula robot de las que usan las fuerzas blindadas?

- Desde luego, puedo hacerlo. - ¿Ahora mismo?

- Sí. Pero para metamorfosear ese pequeño juguete tendría que parar la sirena ultrasónica que lo mantiene en ese estado artificial. Y entonces no ésta, sino los varios miles de tarántulas robot que llevamos a bordo metidas en cajones se hincharían también y reventaría el buque por sus cuatro costados. No obstante, podemos hacer la prueba lanzándola al espacio, En el vacío sideral las ondas ultrasónicas no se transmiten. Por eso disparamos nuestros torpedos como proyectiles de ametralladora. Al salir del cañón los torpedos recobran su tamaño normal y empiezan a moverse por sus propios medios.

Los prisioneros se miraron unos a otros con la incredulidad retratada en sus pupilas. El capitán Flórez preguntó: - ¿Es cierto que antes de venir a Saturno aniquilaron ustedes con sólo un centenar de destructores una flota Balmer de cinco mil buques?

- Cierto -afirmó Miguel Ángel.

- Pues bueno -dijo Flórez-. Si usted es realmente Miguel Ángel Aznar y puede barrer del espacio a la armada Balmer, ¿por qué no sale

a su encuentro y la aniquila? El mundo le quedaría muy agradecido de ello.

Miguel Ángel preguntó: - ¿Cree usted? - ¡Oh, desde luego! ¿O se figura que en estos planetas todos viven tan contentos bajo el dominio de los tiranos?

- Recién acabamos de llegar al Reino del Sol y apenas si sabemos nada de cuanto aquí ocurre.

- Lo ocurrido puedo resumírselo en cuatro palabras. Los Balmer llegaron aquí con el autoplaneta "Valera" procedentes de Nahúm. El Gobierno de los Planetas Federados, al saber que los Balmer se habían amotinado contra su almirante desembarcando en los planetas thorbod a todos los que se apellidaban Aznar, quiso castigarles en medida proporcional a su delito. Pero los Balmer dijeron "que se creen ustedes eso" y atacaron a la Tierra so pretexto de liberar al pueblo de la tiranía de los Aznares.

- Lo que no acabo de comprender -dijo Miguel Ángel- es cómo el autoplaneta "Valera" solo pudo derrotar a las fuerzas armadas del Gobierno.

Después de dos mil años los planetas federados debían poseer una armada y un ejército poderosísimos, dotados de adelantos que en "Valera", con dos milenios de retraso, ni siquiera se sospechaba existieran.

- Pues mire usted, señor. Ocurrió todo lo contrario. En realidad fueron los hombres del autoplaneta quienes trajeron sus adelantos; un rayo azul con la propiedad de arrebatar la energía eléctrica a todo cuanto tocan. Asestando este rayo contra las ciudades terrícolas, los Balmer les arrebataban toda la energía y dejaban paralizados los servicios eléctricos.

- Parece increíble que aquí, en el Reino del Sol no se conociera siquiera el Rayo Azul -murmuró Miguel Ángel.

- No le extrañe. Luego que "Valera" partió hacía Nahúm, los planetas de esta galaxia entraron en una larga era de paz y felicidad. Se dejaron de construir armamentos y los sabios dedicaron todo su esfuerzo al desarrollo de otros inventos más útiles a la Humanidad. Pero ni se inventaron rayos azules, ni ejércitos de bolsillo. Las guerras estaban lejos del pensamiento de las nuevas generaciones y se perdió por completo el espíritu batallador que distinguía al terrícola. La Humanidad parecía haber alcanzado al fin la suprema perfección cuando los malditos Balmer aparecieron en el horizonte tripulando su autoplaneta "Valera". Y no crea que aquí se quiso imponerles un castigo muy duro, ni que fue esa la verdadera razón de su rebeldía.

Los Balmer que tripulaban "Valera" pertenecían a una generación llena de defectos y ambiciones, extinta dos mil años atrás. Al llegar aquí debieron sentirse como caídos en un planeta completamente

extraño. La idea de mezclarse con una Humanidad sin ambiciones, ni rencores, ni distinción de clases, debió parecerles insoportable. El mundo al que ellos regresaban después de dos mil años no era el más a propósito para depender de una minoría selecta. Pero eso no les arredró. Ellos querían disfrutar de las ventajas que veinte siglos antes disfrutaron los Aznares y arremetieron con todo implantando su imperio particular.

El capitán se interrumpió para espiar la expresión consternada de Miguel Ángel. Y concluyó:

- Desde entonces, los Balmer son los amos absolutos de todo cuanto rige su odioso imperio. Dios les ha castigado sembrando entre ellos la semilla de la discordia. Los emperadores se suceden unos a otros en el término de pocos meses. Sus estúpidas luchas hacen sonreír al resto del mundo. Pero el mundo no puede sonreír siempre, porque al fin y al cabo es el mundo quien sufre directamente las consecuencias. Los Balmer sólo se ocupan de sus propios asuntos. Y mientras arman revoluciones, arrasan ciudades y asolan comarcas con sus disputas, las escuelas y las universidades se caen en pedazos. La industria de la alimentación y el vestido se derrumba y los demás servicios que dependen del Estado se encuentran en un caos. - ¿Y el mundo soporta este estado de cosas sin hacer nada para ponerle remedio?

- El mundo no podrá hacer nada en tanto "Valera" penda sobre sus cabezas. Porque no vaya a creer usted que los Balmer duermen sobre sus glorías. Son como los lobos, que luchan a dentelladas entre sí y devoran al primero que cae. Pero el afán de subir unos sobre otros les mantiene unidos. ¡Que vean su imperio amenazado y les verá usted reunir sus fuerzas y defenderse!

Miguel Ángel asintió con profundos movimientos de cabeza.

- Sí -dijo-. "Valera" es una fortaleza inexpugnable. De nada serviría que el mundo arrojara a los Balmer de sus planetas mientras éstos tengan a "Valera".

- Bueno -murmuró el capitán Flórez-. No ha contestado a mi pregunta. ¿Puede o no puede barrer del espacio a la Armada Imperial? Esa podría ser la solución. Sin su Armada, aunque continuara en "Valera" los Balmer no podrían sostenerse en los planetas que hoy dominan. ¿No cree? - ¡Ojalá pudiera hacerlo! - exclamó Miguel Ángel-. Pero desgraciadamente, sólo nos trajimos de Nahúm una pequeña cantidad de torpedos y máquinas robot en miniatura. Creíamos que aquí se conocería ya el sistema de almacenar grandes cantidades de material en pequeños espacios. Y, desde luego, jamás pudimos sospechar que a los amotinados del autoplaneta les diera la ventolera de formar un imperio para su exclusiva diversión.

El guerrillero hizo una violenta mueca. - ¿Así que no puede usted hacer nada? - exclamó desilusionado.

Miguel Ángel contestó enigmáticamente: - ¿Quién sabe? Tal vez podamos hacer algo, aunque no sea aniquilar de espectacular golpe toda la Armada de los Balmer. Lo que quisiera saber ahora, siquiera en forma aproximada, es el número de buques siderales de la antigua Armada Federal que todavía actúa independientemente.

El capitán Flórez miró a Miguel Ángel con desconfianza. Y éste preguntó: - ¿Todavía duda que yo sea Miguel Ángel Aznar? Tenga en cuenta que acabo de hacerle una pregunta a la que usted me contestaría aun en contra de su voluntad si le administrara una droga hipnótica.

- Ni aun así le contestaría a usted, porque ignoro en realidad a qué número ascienden, ni dónde se pueden encontrar a esos buques.

Miguel Ángel miró de hito en hito al guerrillero. Luego, giró sobre sus talones y abandonó rápidamente el salón comedor.

Llamó al doctor.

- Ruiz -le dijo-. Pílleme a esos seis prisioneros y admínístreles la droga hipnótica. Quiero saber todo lo que ocultan.

Media hora más tarde, los cinco hombres y la muchacha, tendidos en sendas literas, contestaban mecánicamente a cuantas preguntas se les hacía.

Fue así como Miguel Ángel adquirió la certeza de lo que sospechaba. Como suponía, el capitán Flórez estaba en contacto con otras unidades de la Flota Leal. Periódicamente se veía con sus compañeros en un punto secreto de Saturno. Allí los comandantes intercambiaban la información adquirida durante sus correrías.

A veces, el grupo entero participaba en una acción conjunta contra alguna de las bases de la Armada Imperial en Ganimedes (luna de Júpiter), en Titán (luna de Saturno), en Urano, o en cualquiera de los solitarios asteroides donde pudieran proveerse de torpedos y de alimentos para continuar la lucha.

En un detalle no mintió el capitán, y fue asegurar que desconocía el número exacto de buques que todavía permanecían leales al Gobierno de la Federación de Planetas Terrícolas.

Los navíos guerrilleros ascendían a quince o veinte mil, pero nadie lo sabía con certeza. Unos merodeaban por los alrededores de Mercurio. Otros efectuaban sus correrías por la zona de los asteroides o pequeños planetas que giraban entre la órbita de Marte y el gigantesco Júpiter. Otros preferían las espantosas soledades del eterno crepúsculo donde gravitaban los planetas exteriores Neptuno y Plutón.

Los más, en fin, tenían por campo de operaciones los colosales planetas Júpiter y Saturno, con diez y once lunas respectivamente, donde era posible efectuar fructuosas razias, y los incandescentes globos de los planetas muy próximos para ir a esconderse cuando la Armada Imperial se dignaba dar una de sus extemporáneas batidas de

limpieza.

Según Miguel Ángel pudo deducir, la razón de que estos guerrilleros del espacio continuaran existiendo al cabo de dos siglos, no se debía tanto a su habilidad para escurrirse como por la negligencia que parecía presidir todos los actos de la Armada Imperial de los Balmer.

Los Balmer, que siempre se distinguieron como excelentes soldados, eran una calamidad como astronautas. Su carácter alegre y expansivo no se adaptaba a la dura profesión de astronauta. El Balmer soldado vivía mejor en la tierra firme de los planetas, acuartelado cerca de las grandes ciudades, gozando de la luz y la alegría de los mundos provistos de atmósfera.

El servicio en la Armada exigía cualidades excepcionales de sobriedad y paciencia para soportar los eternos vuelos de patrulla a través del inmenso vacío interestelar, para habituarse a la vida monótona entre las férreas paredes del casco de un buque o el servicio de guarnición en los remotos y polvorientos asteroides perdidos en el espacio o en las bases de las más lejanas lunas, donde el hombre tenía que crearse artificialmente las condiciones de vida sin las cuales no podría habitar aquellos mundos.

Los guerrilleros del estilo del capitán Flórez no hubieran podido existir en los tiempos en que la Armada Terrícola iba tripulada casi exclusivamente por miembros de la gran familia Aznar. Sin embargo, sobrevivían ahora durante dos siglos debido a que los Balmer astronautas eran poco amigos de dejar la atmósfera de los planetas para lanzarse al frío espacio a la búsqueda y captura de unos millares de piratas despreciables.

Además; los Balmer estaban siempre demasiado atareados en organizar y rechazar revoluciones para hacerse al espacio, al fin y al cabo, ¿qué daño podían causar a su sólido Imperio aquellos desharrapados guerrilleros a quienes el hambre impulsaba a atacar de vez en cuando alguna remota base?

Aproximadamente a la misma hora en que Miguel Ángel reflexionaba a la vista de la confesión de sus prisioneros, el Emperador Jorge Octavo recibía el despacho donde se anunciaba la llegada del Almirante Aznar al reino del Sol.

El Emperador se sobresaltó en el primer instante, pero luego sonrió y llamó a sus almirantes.

- El viejo Aznar acaba de cruzar la frontera del Reino del Sol -les dijo mostrándoles el despacho-.

Tripula un autoplaneta y parece olvidar que aquí mandamos los Balmer. Es preciso que el autoplaneta y Miguel Ángel sean destruidos en el espacio, antes que en los planetas se tengan noticias de su regreso.

- Este autoplaneta no alcanzará nunca la órbita de Marte -

aseguraron los almirantes.
Y cursaron órdenes para que el orbimotor fuera interceptado y destruido.
Pero entonces llegó un radio expedido en el espacio por el Almirante don Rodrigo Balmer, diciendo que corría con su IV Flota a capturar o destruir el orbimotor.
Los almirantes y el mismo Emperador se tranquilizaron. Ignoraban que a aquellas horas otra flota recogía a los náufragos de la IV Flota.
Mientras tanto allá en el espacio, el orbimotor seguía acelerando y devorando centenares de kilómetros con creciente rapidez. José Luis Balmer calculó que había llegado el momento de abandonar la gigantesca máquina.
La pequeña aeronave fue lanzada al espacio como un proyectil. El "Rayo", sin una sola arma a bordo, les dejó pronto atrás porque seguía acelerando en dirección del Sol. Cuando cruzó la órbita de Marte, pese a las predicciones de los almirantes del Imperio, las Flotas Siderales que salieron a interceptarle no pudieron detenerle. El '-'Rayo" pasó como un bólido ante sus narices sin que torpedo alguno pudiera alcanzarle. Y cuando cruzó poco después la órbita de la Tierra el "Rayo" iba todavía con mayor velocidad en dirección del Sol.
Poco después, el autoplaneta se deslizaba como un relámpago junto a Venus, seguía adelante, trasponía la órbita del tórrido Mercurio y se abalanzaba contra el llameante globo del Sol. A cierta distancia de éste, sobrecalentado por la velocidad y el torrente de fuego del astro Rey, el "Rayo" estalló como un cohete desintegrándose en el espacio. ¿Se habría suicidado Miguel Ángel prefiriendo buscar la muerte por sí mismo a esperar que se la diera el hacha del verdugo?
Los Balmer, conocedores de la tenacidad de aquel hombre extraordinario, se resistían a creerlo.
Poco después, la falúa sideral tripulada por José Luis Balmer y su familia llegaba a Marte. Como primera providencia, los oficiales de la Armada Imperial detuvieron a José Luis y le sometieron a un largo interrogatorio.
Y unas horas más tarde, en el autoplaneta "Valera", el Emperador tenía sobre su mesa el relato de las aventuras de su odiado enemigo desde que fue abandonado por los rebeldes de "Valera" hasta que evacuó el autoplaneta "Rayo" para ir a refugiarse en un desconocido lugar comprendido entre la órbita de Marte y la del planeta Plutón.
Seis días más tarde. José Luis Balmer comparecía ante el Emperador. Este era un hombre joven, pues sólo contaba un centenar de años y a esta edad un hombre se consideraba en plena juventud.
El Emperador se había hecho construir un fantástico palacio de cristal en el centro de Nuevo Madrid que ahora se llamaba Nuevo Washington porque los Balmer, celosos de su origen norteamericano

como los Aznar lo fueron siempre de su sangre hispana, no sólo habían alterado todos los nombres de las ciudades españolas o hispanoamericanas, sino que habían resucitado de los polvorientos archivos la lengua inglesa instituyéndola idioma oficial para todo el Reino del Sol.

El fausto de "Valera" deslumbró a José Luis en el primer momento. Sólo a la nobleza Balmer se permitía habitar en las entrañas de aquel fabuloso mundo hueco, y las gentes que allí vivían sin tener el honroso apellido Balmer lo hacían en calidad de criados de éstos.

Como José Luis Balmer, había visto en el planeta metropolitano del Imperio de Nahúm, las ciudades actuales de "Valera" estaban formadas casi absolutamente de fantásticos y deslumbrantes palacios, cada uno de los cuales ocupaba una enorme extensión con sus múltiples dependencias, sus exuberantes jardines y sus dilatados lagos artificiales.

Todo este esplendor del planetillo parecía condensado en el salón del trono donde el joven Balmer fue introducido.

Como quiera que el oro y el platino eran metales que en aquella avanzada edad se obtenían fácilmente por medios científicos, los emperadores de "Valera" habían cubierto los pisos y las paredes de su palacio con enormes losas y placas de esmeralda y zafiro, que también se fabricaban artificialmente, pero cuya obtención era más costosa y complicada que la del oro y demás metales preciosos.

Los muebles, de rebuscado estilo, estaban hechos del mismo purísimo cristal que los brillantes y centelleaban como ascuas bajo las miríadas de luces de las monumentales arañas del mismo material.

El traje que vestía el Emperador, así como los uniformes de sus almirantes y generales, se resistía a toda descripción. José Luis sintióse poco menos que un gusano al deslizarse sobre las resbaladizas losas de esmeralda hacia el apoteósico trono del Emperador, hecho de un metal verde cuya composición no era obra de la Naturaleza, sino producto de la imaginación y la fusión artificiosa de ciertos núcleos atómicos en las monstruosas instalaciones industriales de la Tierra.

Hoy, como ayer, el valor no estribaba en la belleza, sino en la escasez y costosa obtención de ciertos materiales, tanto más valiosos cuanto más lejos de la mayoría de las gentes se encontrara.

Al llegar ante el trono, los emperifollados oficiales de la Guardia Imperial que escoltaban a José Luis murmuraron en voz baja: - ¡Haga una reverencia al Emperador!

Esto le pareció altamente humillante, cuanto no ridículo a José Luis, que jamás había inclinado la frente ante otra imagen que la de Dios.

- Bienvenido al Imperio del Sol, José Luis -le dijo el Emperador haciéndole señal para que se irguiera- Mi padre fue uno de tus amigos

y parientes cuando ambos os rebelasteis contra la tiranía de los Aznar en este autoplaneta.

José Luis recordaba perfectamente al progenitor del actual Jorge VIII, un mediocre coronel del Ejército Expedicionario.

- Tu largo sacrificio por nuestra causa bien merece una recompensa -dijo el Emperador-. Te haré Duque y serás nombrado Almirante de la Flota Sideral Imperial.

A José Luis Balmer todo aquello le pareció ridículo y falto de razón. Los Aznares, cuando gozaban de su mayor prestigio, jamás se rodearon de este fausto ni pasó por sus mentes la absurda idea de darse títulos nobiliarios, aunque podían haberlo hecho de haber querido.

- Ahora -dijo el Emperador- háblame de esos torpedos que Miguel Ángel lleva almacenados como cigarros y puede disparar en cantidades fabulosas. ¿Consideras en peligro la seguridad de nuestro Imperio frente a esas fantásticas cantidades de proyectiles que tu cuñado puede poner en el espacio de una sola vez?

Y José Luis, que ya estaba arrepentido de haber venido, contestó:

- Miguel Ángel no puede repetir la estratagema que derrotó al Imperio de Nahúm. Los torpedos que lleva alcanzarían a lo sumo para un combate contra medio millón de navíos, pero nada más.

Ciertamente, Miguel Ángel podría liquidar vuestro Imperio si tuviera a mano bastantes torpedos para destruir toda la Armada Terrícola. Pero los torpedos, antes de ser reducidos, han de ser construidos del tamaño y las características normales. Y para eso Miguel Ángel necesita una poderosa industria.

- O sea -dijo el Emperador satisfecho-, que para que pueda hacernos daño habría de conquistar todo un planeta con sus fábricas y sus depósitos de torpedos intactos.

José Luis contestó con desgana:

- Sí. -¡Bueno! - exclamó el Emperador. Y lanzó una risotada-. Esto nos tranquiliza por completo. No obstante, nos sentiremos mejor cuando le hayamos capturado..

José Luis Balmer hubiera dado cualquier cosa por encontrarse junto a su amigo.

CAPITULO V

Aproximadamente a la misma hora en que José Luis Balmer comparecía ante el Emperador, Miguel Ángel Aznar y su esposa contemplaban a través de los gruesos cristales de su aeronave el extraño espectáculo de un mundo donde no existían praderas, ni campos en flor, ni montañas, ni ríos, ni mares de azuleantes aguas.

Ante sus ojos absortos se extendía la faz del gigantesco Saturno

cubierta toda ella por un océano sin orillas, hirviente, humeante, teatro del horrendo juego de ígneas fuerzas.

El Saturno actual era la imagen del pasado de la Tierra. Porque si bien Saturno era muchos millones más viejo que la Tierra, se hallaba todavía en la fase evolutiva de su primera juventud. Y todavía harían falta no millones, sino miles de millones de años para que su superficie se solidificara lentamente y encerrara en el interior del planeta las fuerzas heredadas del Sol.

Sin embargo, las masas que al enfriarse un día formarían los futuros continentes, existían ya sobre Saturno, si bien se reducían a flotantes islas de escorias humeantes navegando a impulsos de los furibundos huracanes que agitaban las ardientes olas del inmenso océano.

A poco de volar sobre el interminable lago de fuego, los viajeros divisaron una de estas flotantes islas de escorias, grandes como las Islas Británicas, donde la hirviente lava había dejado al enfriarse la huella de múltiples cráteres y fantásticas ampollas. - ¿Es ahí donde debemos reunimos con sus amigos? -preguntó Miguel Ángel al capitán Flórez.

El guerrillero asintió y señaló una especie de nube gris que se movía a mayor velocidad que sus circundantes.

- Ahí está el acorazado "Borgoña". Los demás no tardarán en llegar. Voy a hacer las señales convenidas.

Y tomando una linterna de señales, el capitán Flórez la apuntó contra el buque sideral y apretó el gatillo disparando una serie de rápidos destellos. De la nave contestaron por el mismo sistema.

- Podemos acercarnos -dijo Flórez.

Miguel Ángel hizo una seña al piloto. La ligera aeronave en forma de zapatilla se aproximó al acorazado.

Este, como todos los de la Armada Sideral Terrícola, adoptaba la forma de una colosal ballena de 300 metros de longitud.

En uno de los flancos del metálico cetáceo se abrió un hueco circular por el que se introdujo la zapatilla volante. La celda volvió a cerrarse tras los viajeros, brilló una luz roja, y se escuchó el silbido del aire al llenar el espacio hueco.

Poco después, Miguel Ángel Aznar y Carmen Valdivia, el contralmirante Albatros, el capitán Flórez, los cinco prisioneros y el piloto, abandonaban la falúa y pasaban al interior del navío.

Un gigante rubio, de sucia y enmarañada barba, salió al encuentro de los recién llegados y los examinó de pies a cabeza con el ceño fruncido.

- Comandante Karsten, le presento a Miguel Ángel Aznar y señora. Este es el contralmirante Albatros, de la Armada Sideral Expedicionaria.

Contrariamente a lo que esperaba Miguel Ángel el comandante

Karsten desarrugó el ceño, ensanchó su faz con una sonrisa y le ofreció su mano exclamando: - ¿Miguel Ángel Aznar… el del autoplaneta "Valera"… el mismo que derrotó al Imperio nahumita y luego fue abandonado por los Balmer en un desierto planeta thorbod? ¡Carape! Me lo imaginaba mucho más viejo. ¿Cuántos años tiene usted?

Miguel Ángel contestó sonriendo:

- Cerca de dos mil si se calculan por el tiempo transcurrido en la Tierra desde que nací hasta hoy. Y setenta contando los que en realidad he vivido mientras viajaba por el espacio.

El comandante Karsten miró al fabuloso héroe de Nahúm con expresión de profundo respeto. Y explicó:

- Hace cuatro días, cuando me encontraba recogiendo líquenes de la luna Titán intercepté una conversación por radio entre la guarnición de aquella luna de Saturno y una Flota que estaba explorando el espacio no lejos de allí. Fue así como me enteré de que usted acababa de llegar al Reino del Sol y había aniquilado en un minuto a la IV Flota Imperial con sólo un centenar de destructores. Desde luego no di mucho crédito a lo que oía, sobre todo a aquello de que se había "cargado" a cinco mil destructores, cruceros y acorazados en un decir ¡Jesús! Aquellos gansos que charlaban por la radio debieron equivocarse por lo menos en un cero, ¿eh, almirante?

Miguel Ángel contestó conteniendo la risa:

- No, comandante Karsten. No se equivocaron en ningún cero.

Pero como el gigante rubio le miraba escamado hubo de hacer un largo relato que no sólo comprendía la descripción de la batalla, sino las características de los torpedos utilizados contra la Cuarta Flota.

Esta conversación fue interrumpida lo menos medio centenar de veces en el transcurso de hora y media.

Los dispersos buques de la flota leal iban reuniéndose en torno al acorazado "Borgoña", y cada vez que llegaba a bordo de éste un nuevo grupo de sucios, greñudos y famélicos jefes, Miguel Ángel tenía que cortar su narración para estrecharles las manos, escuchar sus exclamaciones de sorpresa y reanudar la historia desde el comienzo.

La descripción del ejército robot en miniatura que Miguel Ángel llevaba metido en cajones a bordo de sus buques dejó a los melenudos guerrilleros sin aliento. El profundo silencio que siguió a la explicación del héroe fue la muestra más elocuente de la humana incredulidad.

Miguel Ángel, que ya había previsto esto, hizo traer de su falúa una pequeña caja de cristal en cuyo interior había una tarántula robot en miniatura y una sirena ultrasónica del tamaño de una botella.

La tarántula, de un negro brillante, pasó primero de mano en mano hasta que regresó a las de Miguel Ángel. Este la ofreció entonces al comandante Karsten diciendo:

- Métala en uno de los tubos lanzatorpedos y arrójela al espacio. Veremos lo que ocurre por medio de las pantallas de televisión.

El comandante volvió al cabo de unos instantes:

- Ya está a punto de ser lanzada -anunció.

- Bien -repuso Miguel Ángel-. Échela fuera.

El comandante oprimió un botón y todos se apelotonaron en torno a las pantallas para ver lo que ocurría.

La tarántula fue expulsada fuera del tubo por la corriente de aire comprimido, pero en el primer segundo era demasiado pequeña para ser vista. De pronto, un globo de fuego chisporroteó en el espacio mientras caía hacia el suelo. Y ante los maravillados ojos de los incrédulos guerrilleros cobró forma, frenó la velocidad de su descenso y se posó suavemente en la isla de lava una gigantesca tarántula robot que apenas tocó el suelo empezó a mover sus horripilantes patazas metálicas. - ¡Cielos! - exclamó el comandante Karsten siguiendo la errabunda carrera de la máquina con ojos desorbitados-. ¿Entonces es verdad? ¡Puede hacer lo mismo con millones de torpedos metidos en unos cuantos centenares de tubos!

Miguel Ángel contestó melancólico:

- Podría hacerlo si los tuviera.

Todo el grupo se volvió a mirar al caudillo con expresión interrogante. Y Miguel Ángel prosiguió diciendo:

- Sé lo que están pensando ustedes. Puesto que las batallas siderales se deciden siempre a favor del bando que puede poner mayor número de torpedos en el espacio, nosotros, con nuestra capacidad para disparar simultáneamente ingentes cantidades de torpedos, debiéramos estar en condiciones de derrotar a toda la Armada Sideral enemiga en peso. Pero desgraciadamente, nosotros no podíamos imaginar que los Balmer hubieran utilizado el autoplaneta "Valera" para implantar un Imperio a la medida de sus ambiciones.

Los torpedos, las tarántulas robot y las demás armas que traemos desde Nahúm son sólo un pequeño muestrario de lo que podría hacerse con un Ejército miles de veces mayor… si lo tuviéramos. Con los torpedos enanos que mi flotilla lleva a bordo podríamos hacer frente quizá a medio millón de buques enemigos. Pero la Armada de los Balmer se eleva a seis o siete millones de navíos, si no más…

- Diga usted más y andará cerca de la cifra exacta -dijo Karsten-. Los Balmer no han dejado de construir buques de guerra desde que llegaron aquí.

- Bien -dijo Miguel Ángel-. Para el caso es lo mismo. No disponemos de torpedos para hacer frente a esa potencia sideral. Así que a lo más que podemos aspirar es a esquivarles durante mucho tiempo, haciéndoles frente sólo cuando les sorprendamos en un número que no pase de veinte mil… hasta que agotemos toda la munición y

sucumbamos a nuestra vez.

Uno de los comandantes suspiró: - ¡Bueno! Moriremos matando, si no hay más remedio.

A lo que Miguel Ángel contestó:

- Morir matando es un recurso fatalista que yo jamás he practicado. - ¡Pero bueno! -exclamó aquel astronauta malhumorado-. ¿No está diciendo que no lleva suficientes torpedos en miniatura para armar con ellos a toda la Flota Leal y salir a zurrarles a los Balmer?

- Es cierto. No he traído conmigo más que una pequeña muestra de esos torpedos. Pero cualquier clase de torpedos puede empequeñecerse y guardarse en un bolsillo. Ya que no tenemos proyectiles reducidos... ¡busquemos torpedos para reducir! - ¿Atacando una base imperialista, tal vez? - preguntó el comandante Karsten?

Miguel Ángel contestó:

- Sí, aunque no una base cualquiera, sino al propio "Valera". - ¡¡¡"Valera"!!! - exclamaron un coro de voces sorprendidas.

- Precisamente -aseguró Miguel Ángel-. No basta con que ataquemos y tomemos un depósito de torpedos, sino que hemos de mantenernos allí mientras nuestras máquinas reductoras se dedican a empequeñecer proyectiles. La Armada de los Balmer contraatacaría inmediatamente con el grueso de sus fuerzas y nos obligaría a retirarnos sin haber logrado nuestro propósito. Otra cosa sería si consiguiéramos entrar en "Valera". Allí podríamos resistir todo el tiempo que nuestras máquinas reductoras necesitaran para comprimir torpedos. Y una vez tuviéramos la necesaria provisión de proyectiles... ¿quién podría salvar al Imperio de los Balmer? - ¡Pero señor almirante! -gimió Karsten-. Hablar de tomar a "Valera" es lo mismo que venir a apagar el fuego dé Saturno con una manga de riego. ¿Cómo vamos a entrar allí?

- Por sorpresa, claro está.

- Eso no sirve con "Valera". Las paredes de su esfera son de metal y tienen más de un centenar de kilómetros de espesor. Sus enormes compuertas sólo pueden abrirse desde dentro, y su superficie está erizada de antenas de radar, de telescopios, de cañones, de proyectores y de tubos lanza-torpedos. - ¡Oh, sé bien como es "Valera" por dentro y por fuera! -exclamó Miguel Ángel.

- Entonces sabrá que nuestra pequeña fuerza sideral sé estrellaría contra él como un jarrón de porcelana contra el suelo.

- No me ha comprendido usted. Al hablar de sorpresa no me refería a lanzar contra "Valera" nuestros buques, sino a entrar sigilosamente en su interior llevando a cuestas nuestro pequeño ejército robot, devolverle allí su tamaño natural y tomar al asalto su cámara de control. Esa cámara es el centro neurálgico de "Valera", donde están los botones eléctricos que mueven todas sus defensas. No será esta la

primera vez que la tomo por la fuerza y domino desde ella todo él autoplaneta... Y, ciertamente, me gustaría que fuera la última.

Los jefes de guerrillas se miraron unos a otros con expresión que implicaba serias dudas.

Miguel Ángel añadió:

- Bueno, no es necesario que discutamos sobre esto. De todas formas el asunto corre de nuestra cuenta. Si he venido a entrevistarme con ustedes no ha sido para solicitar su aprobación a este plan, sino a tratar de la continuación... en el supuesto que todo salga bien. Lo que espero de ustedes es que se pongan en contacto con el resto de las fuerzas leales para acudir a refugiarse en "Valera" si yo consigo apoderarme de él. Luego que conquistemos "Valera" y tengamos torpedos en abundancia, nos harán falta buques para transportar esos torpedos a donde quiera se encuentre la Armada Imperial. La aportación que las fuerzas leales hagan a nuestra causa, por pequeña que sea, será a buen seguro definitiva. Con veinte mil buques, a una media de veinte tubos lanzatorpedos por unidad, dispondremos de cuatrocientos mil tubos de lanzar. Y cuatrocientos mil torpedos de tipo Valdivia disparados simultáneamente significan 200 millones de torpedos frente a ciento cincuenta millones que pueden disparar de una sola vez los siete millones de navíos imperialistas. Como verán, la victoria es segura si conseguimos poner pie en las entrañas de "Valera" y resistir allí hasta que tengamos reducidos los proyectiles necesarios para esa gran batalla.

Los guerrilleros volvieron a mirarse unos a otros, esta vez abrumados por el peso de las astronómicas cifras calculadas por el almirante Aznar. El comandante Karsten tradujo el sentir general al decir:

- Mire usted, señor. Nosotros seguimos opinando que intentar la conquista de "Valera" es un sueño quimérico. Pero así y todo creemos que vale la pena arriesgarlo todo en ese golpe, en vista de lo que ello significa para nosotros y para el mundo entero. De manera que si necesita nuestra colaboración... ¡cuente con ella!

- Les quedo muy reconocido, caballeros -repuso Miguel Ángel Aznar-. Pero su ayuda, como ya les he indicado, nos será igualmente valiosa durante la segunda parte de la campaña. Para el asalto a "Valera" me bastará con los doce mil hombres y mujeres que tengo a mis órdenes. Lo que sí quiero es que compartan con nosotros la provisión de torpedos y alimentos que tenemos a bordo. Puesto que por mi culpa se verán ustedes acosados por el enemigo, justo es que les facilite medios para defenderse mejor.

El comandante Karsten contestó con ojillos brillantes de codicia:

- Si ustedes pueden prescindir de ellos...

Miguel Ángel contestó:

- Desde luego. Sea en bien o en mal todo habrá terminado dentro de treinta días. Para entonces seremos los dueños de "Valera" o habremos muerto. Poco después el acorazado "Borgoña" se ponía en marcha para conducir a Miguel Ángel hasta donde estaban refugiados los destructores. Doce horas más tarde, se hacía él trasiego de torpedos desde los destructores a los 340 buques que todavía ostentaban orgullosamente la polvorienta y desvaída enseña de la Armada Sideral de los Planetas Federados.

Este trasbordo requirió cuidados y fatigas excepcionales, porque su cargamento de torpedos enanos recobraba tamaño normal allí donde las ondas sonoras no se trasmitían. El profesor Valdivia hubo de poner una sirena ultrasónica dentro de cada "lata de puros" para que los extraños "habanos" no saltaran de su encierro.

Antes de separarse, Miguel Ángel Aznar celebró una pequeña comilona con sus aliados a bordo del acorazado "Borgoña" Durante la sobremesa se convino en que la Flota Leal seguiría operando en torno a Saturno, huyendo del enemigo cuando éste fuera muy superior, y atacándole cuando andará desprevenido y en número escaso.

Lo que Miguel Ángel se proponía con esto era retener la atención de la Armada Imperial en aquella área del espacio, en tanto él y su flotilla de destructores se acercaban a la Tierra dando un gran rodeo para alcanzar la superficie de "Valera" sin ser advertidos.

Luego, las dos flotas se separaron.

***

Durante veintitrés días (días de la Tierra, se entiende) la flotilla de destructores navegó por las soledades del espacio que sólo de tarde en tarde recorría el gigantesco planeta Júpiter en su movimiento de traslación alrededor del Sol.

Las probabilidades de tropezarse con alguna patrulla sideral enemiga eran entonces escasas, porque Júpiter estaba al otro lado del Sol y Saturno iba quedando progresivamente a sus espaldas. Sin embargo, la vigilancia no se descuidó ni un instante y las patrullas de descubierta volaron precediendo al grueso de la Fuerza a una distancia de seis millones de kilómetros.

Después de 23 días la expedición empezó a describir una amplia curva, al salir de la cual se encontró exactamente en la trayectoria de una línea recta que, partiendo de su posición y atravesando imaginariamente el centro de la Tierra, llegaba al Sol. Los destructores, impulsados por la inercia adquirida durante su larga carrera en persecución de la Tierra, que volaba en su mismo sentido en torno al Sol, giraban ahora alrededor del astro Rey a mayor velocidad que la Tierra. Pero como el planeta del Hombre estaba más

cerca del Sol y tenía que recorrer un arco más pequeño, la posición con relación al Sol, era la misma para la Fuerza Sideral que para la Tierra.

Al salir de la curva y poner proa al Sol (la Tierra era invisible a tan considerable distancia) la flotilla se encontró navegando de frente a la vez que se desplazaba lateralmente.

El propósito de Miguel Ángel Aznar era aproximarse a la Tierra volando dentro del cono de sombra que ésta proyectaba con su masa en el espacio, aunque no con los destructores, los cuales podían ser vistos por los telescopios antes de alcanzar aquel cono, y detectados por el radar de gran alcance después.

Cuatro días más tarde la flotilla alcanzaba la órbita de Marte, el cual volaba en aquellos momentos por otras regiones apartadas del espacio. Los buques estaban a 56 millones de kilómetros de la Tierra. A esta distancia los potentes telescopios electrónicos emplazados en las más altas montañas de la Tierra, en la superficie de la Luna o en "Valera", podrían ver a los buques como pequeñísimas estrellas perdidas en la inmensidad del espacio.

Las probabilidades de que un telescopio estuviera apuntado precisamente en aquella dirección y que alguien descubriera los insignificantes puntos de luz eran quizá remotas, pero de todas formas las fuerzas de asalto debían abandonar los buques ahora.

La flotilla, por la constante aceleración, volaba en estos instantes a la no desdeñable velocidad de un millón de kilómetros hora. Para virar y apartarse de su trayectoria los destructores necesitarían por lo menos un día entero, y entonces estarían a solamente 30 millones de kilómetros de la Tierra.

Entonces, casi con certeza, serían descubiertos. La Armada Imperial saldría en persecución de la flotilla o mandaría contra ella patrullas que ya se encontraran navegando en el espacio y fueran dotadas de considerable inercia.

Pero para entonces la fuerza de asalto ya no tripularía los buques, sino que estaría volando en dirección a la Tierra.

Al alcanzar la órbita de Marte, en todos los altavoces de la flotilla resonó la voz de Miguel Ángel: - ¡Fuerzas de Asalto, prepárense para abandonar los buqués!

Y diez mil hombres y mujeres empezaron a ajustarse sus armaduras de diamantina azul. En la espalda, cada hombre y mujer de los que iban a tomar parte en la expedición llevaba una aerodinámica caja metálica que se conocía con el nombre de "back".

Estas cajas, como el casco de los destructores, la envoltura de los grandes torpedos autómatas y las tarántulas robot de las Fuerzas Acorazadas, eran de un metal cincuenta mil veces más pesado que el agua.

Sometido al paso de una corriente eléctrica, este metal tenía la propiedad de repeler más o menos intensamente -según la corriente eléctrica- la fuerza de atracción de las masas inmediatas.

Dentro de la mochila metálica iba montado un pequeño reactor atómico que, al mismo tiempo que generaba la energía eléctrica necesaria para hacer funcionar el "back", impulsaba al hombre así equipado a una velocidad máxima de 1.000 kilómetros por hora en el gaseoso ambiente de una atmósfera como la de la Tierra, y a una velocidad prácticamente ilimitada en el vacío interestelar, donde la aceleración podía ser constante en virtud de la falta de aire que ofreciera resistencia.

La armadura y el "back", formaba conjuntamente uno de los equipos de vuelo más notables de cuantos llevaba inventados el hombre. La diamantina azul, de características análogas al diamante, si bien fabricada artificialmente, era de color azul para impedir el paso de las mortales radiaciones ultravioletas, las cuales podían matar a un hombre cuando se elevaba por encima de la atmósfera de un planeta.

Esta armadura tenía entre sus dobles paredes cámaras de oxígeno comprimido. Dentro de la voluminosa escafandra iba montado un diminuto aparato de radio, lo que permitía al aviador así aislado charlar con sus compañeros o recibir las instrucciones del jefe. Tanto el "back" en sí como el pequeño reactor atómico se controlaban con dos botones incrustados en el cristal de los antebrazos. La dirección del vuelo se conseguía mediante movimientos bruscos del cuerpo, sin que hicieran falta timones ni elevadores de ninguna clase.

No obstante, los soldados volantes llevaban unas pequeñas aletas a la altura de los tobillos. Estas servían para sostener horizontalmente el cuerpo cuando se volaba a través de una atmósfera. En el vacío era indiferente que los aviadores volaran verticalmente, pues no existiendo aire tampoco había aumento de resistencia contra éste.

Toda la expedición se había preparado minuciosamente de antemano y cada miembro sabía qué parte del equipo le correspondía llevar.

Las fuerzas de asalto, ciertamente, iban a ir enormemente cargadas durante la expedición. Puesto que los destructores no podían acercarse a "Valera" para descargar sobre éste la enorme cantidad de cajas que contenían todo el Ejército Robot de Miguel Ángel, los hombres tendrían que llevar por sí mismos hasta la superficie del planetillo el ejército de invasión en miniatura.

Cada soldado tenía que llevar al menos dos cajas de vidrio donde iban cuidadosamente almacenadas las tarántulas robot y las colosales esferas metálicas de las Fuerzas Acorazadas, cañones ametralladoras de múltiples bocas, ingentes cantidades de proyectiles dirigidos "tierra a aire", "aire a aire", "aire a tierra", así como un miliar de aeronaves

del tipo llamado "zapatillas volantes", todo reducido de tamaño por obra del invento del profesor Valdivia.

Mientras los 10.000 hombres se preparaban sin grandes apresuramientos (disponían de dos horas de tiempo), a bordo del destructor "Magallanes" los altavoces gritaban: - ¡Que se prepare el equipo de demolición!

Y cincuenta hombres y mujeres con instrucciones y equipo especial, entre los que se contaban el propio Miguel Ángel y su esposa, se enfundaron apresuradamente en aquellos trajes que parecían devolver a estos modernos guerreros a la época en que los caballeros vestidos de hierro calzaban espuelas y embrazaban lanza y adarga.

Cubierto de diamantina de pies a cabeza, Miguel Ángel Aznar estrechó con su mano de vidrio la desnuda del almirante don Marcelino Aznar.

- Adiós, tío -dijo por el tornavoz de su escafandra-. Si todo sale como esperamos, volveremos a vernos en "Valera" dentro de sesenta horas.

El viejo almirante contestó emocionado:

- Adiós, hijo. Suerte.

El profesor Valdivia acompañó a su hija y a su yerno hasta la cámara de los torpedos de proa. Los hombres del equipo de demolición estaban reuniéndose allí en torno a las abiertas escotillas de los cinco tubos lanzatorpedos.

- Hasta la vista, papá -dijo Miguel Ángel estrechando la mano de su anciano suegro. Y tomando una de las cajas de cristal y su fusil ametrallador se introdujo en uno de los tubos.

Oyó a su esposa cuando trepaba hasta el tubo contiguo. Luego, la puerta de acero se cerró tras él y quedó encerrado, envuelto en la oscuridad. De pronto sintió un brutal empujón y…

CAPITULO VI

Se encontró flotando en el vacío. El sol le daba en pleno rostro y junto a él, como suspendidos del negro espacio por hilos invisibles, estaban su mujer y los otros tres hombres que habían sido expulsados al mismo tiempo por los tubos lanzatorpedos del destructor. Aquí donde la luz no podía reflejarse en las moléculas de una atmósfera, sólo eran visibles las partes de las cosas tocadas directamente por los rayos del Sol. Así, por ejemplo, Carmen Valdivia parecía poseer solamente la mitad anterior del cuerpo. La espalda se confundía con la negrura del espacio.

Las bolsas y cajas con que iban cargados los expedicionarios no pesaban absolutamente nada. Ellos mismos sentíanse ligeros como plumas, pudiendo revolverse a capricho en el nutrido e invisible

colchón del vacío absoluto.

Detrás de Miguel Ángel y sus compañeros, otros cinco hombres salieron proyectados como balas de los tubos lanzatorpedos. Causaba una sensación curiosa verlos surcar suavemente el espacio para salir en persecución de los lanzados anteriormente.

Como los astronautas iban poseídos de la fuerza de inercia del buque, al abandonar éste no sólo no se quedaban rezagados, sino que el impulso proporcionado por el aire comprimido, aunque pequeño en relación a la enorme velocidad del "Magallanes", bastaba para que sacaran sobre éste una ventaja lenta, aunque constante.

En diez andanadas sucesivas de los tubos lanzatorpedos estuvieron fuera y alejándose del destructor los 50 hombres y mujeres que formaban la vanguardia del ejército de invasión.

Había empezado el largo viaje de 50 horas a través del abismo que les separaba de la Tierra.

Encerrados en sus herméticas armaduras los astronautas gozaban de completa comodidad. Pero se aburrían enormemente. El negro e insondable vacío interestelar les rodeaba por todas partes. A su alrededor brillaban las estrellas, diez veces más claras que como las veía el terrícola a través de la envoltura gaseosa en cuyo fondo vivía.

Las horas fueron transcurriendo lentamente. La Tierra, la Luna y "Valera" eran otros tantos pequeños puntos negros sobre el globo ardiente del Sol.

Después de 24 horas de viaje habían dejado atrás más de la mitad del camino. Los "backs" empezaron a funcionar sin que por el momento se notaran sus efectos. La fuerza de atracción de la Tierra todavía era muy débil a aquella distancia. Sin embargo, el efecto repelente del "back" era constante e inverso a la fuerza de atracción de la Tierra y aumentaba en la misma proporción que ésta.

El globo de la tierra se hinchaba eclipsando al Sol. La corona luminosa de éste se fue estrechando y finalmente la expedición se encontró volando en el cono de sombra de la Tierra. Seguían frenando su veloz marcha. La reacción de los "backs" era más enérgica y se dejaban sentir los efectos de las fuerzas "G" o gravitatorias.

"Valera" asomó por detrás de la Tierra en forma de una delgada hoz luminosa.

Allá en la bien iluminada cámara de control del autoplaneta, el oficial saliente de la sala del radar entregó la responsabilidad del puesto al oficial entrante. - ¿Alguna novedad?

- Ninguna señor.

El oficial se detuvo ante una pantalla de radar que nadie atendía. Uno de los especialistas se acercó.

- Lluvia de aerolitos -murmuró el oficial señalando los diminutos puntos fluorescentes que se veían en la pantalla. Y siguió adelante.

El operador se alejó también. La llegada de aerolitos a la superficie de "Valera" era un suceso tan corriente que sólo a un neófito podía llamarle la atención.

La lluvia de aerolitos era también muy importante en la Tierra. Pero la Tierra estaba envuelta en una atmósfera. Los aerolitos, fragmentos de mundos, se sobrecalentaban al frotar violentamente con la envoltura gaseosa del planeta y acababan por estallar sin que llegaran al suelo.

Pero en "Valera" desprovisto de atmósfera exterior, los aerolitos llegaban y se estrellaban violentamente contra la superficie. El oficial de la sala de radar del autoplaneta hubiera tenido que quedarse contemplando la pantalla de aquel aparato durante un rato para caer en la cuenta de que la velocidad de los supuestos aerolitos no era la que éstos acostumbraban a llevar, sino otra mucho más pequeña. Lo suficientemente pequeña para que los aerolitos chocaran sin daño contra la dura faz de "Valera".

Unos minutos más tarde, Miguel Ángel Aznar, su mujer y sus compañeros se posaban suavemente sobre la polvorienta superficie de "Valera". ¿Habrían sido descubiertos? Esto lo ignoraban. En todo caso tenían que proceder como si nadie les hubiera identificado.

Se encontraban en el hemisferio de "Valera" donde reinaba la noche. Bajo sus pies, en el interior hueco de aquel mundo, lucía un sol espléndido, artificial por cierto, sobre montañas y valles, lagos y bosques, ciudades y bases donde los destructores, los cruceros y los acorazados de la Armada Sideral se alineaban en filas interminables, cubriendo centenares de kilómetros cuadrados a modo de nubes de langostas.

Miguel Ángel Aznar no lo dijo, pero en aquel momento sintió que la emoción le ponía un nudo en la garganta. ¡Aquí estaba su invicto, su fabuloso autoplaneta "Valera"!

Pero éste no era momento apropiado para entregarse a nostálgicas evocaciones. El grueso de la fuerza de asalto llegaría dentro de dos horas. ¡Nueva lluvia de aerolitos sobre "Valera"!

Miguel Ángel miró a su alrededor. Aunque la oscuridad era total podía ver el contorno de los inmediatos cerros sobre el fondo estrellado del cielo. Estaban en el fondo de uno de los cráteres que acribillaban la superficie de "Valera".

A plena luz del sol el aspecto exterior del planetillo era desolador. Una capa de finísimo polvo cósmico cubría el suelo. Aquí y allá los pies tropezaban en ocultos pedruscos. Otras veces la capa de polvo no bastaba para cubrir las gigantescas moles de roca desperdigadas como en un derrumbadero. Eran aerolitos, fragmentos de mundos que tras errar durante milenios a través del espacio habían venido a estrellarse contra la superficie de "Valera".

- Este es un buen sitio para ponerse a trabajar -anunció Miguel Ángel.

La gente encendió las linternas y se desperdigó por el fondo del cráter. - ¡Aquí está lo que buscamos señor! - susurró una voz a través de los auriculares de Miguel Ángel. Y una linterna centelleó en la obscuridad haciendo señales.

Lo que el equipo acababa de encontrar era la boca de una de las baterías lanzatorpedos que en gran número horadaban la superficie de "Valera". La tapa tenía seis metros de diámetro y sobresalía a la altura de un hombre por encima del suelo. Este cierre, debajo del cual había cuatro tubos lanzatorpedos en haz, estaba formado por dos docenas de robustas piezas metálicas y se abría como el objetivo de una cámara fotográfica.

Las piezas, como el anillo donde iban montadas, eran de "dedona", el mismo metal 50.000 veces más pesado que el agua, del que estaban hechos los "backs", los cascos de los navíos siderales, los torpedos robot y los "tanques" de las fuerzas acorazadas. Su tenacidad era extraordinaria.

El equipo de demolición se puso a trabajar. De una caja de cristal brotó un globo de fuego que se materializó en un voluminoso generador de electricidad. Una perforadora del tamaño de una pluma estilográfica creció igualmente hasta alcanzar más de un metro de altura.

La taladradora, movida eléctricamente por la pila atómica, atacó el centro de la tapadera de la batería con un taladro sin filo, completamente romo. Este taladro se movía a razón de muchos millares de vibraciones por minuto. Aunque en apariencia no se movía, cortaba el acero con la misma facilidad que si fuera mantequilla.

Con la "dedona" había trabajo para un buen rato, pero el resultado habría de ser el mismo.

Al cabo de una hora, el taladro había practicado un agujero de 30 milímetros de diámetro y medio metro de profundidad.

- Ahora el barreno Valdivia.

El "barreno" que llevaba el nombre de su inventor fue aplicado al agujero. Se trataba de una varilla de "dedona" de un palmo de larga metida dentro de un tubo de acero de 30 milímetros de diámetro. El tubo venía a ser un estuche y en la parte superior se hinchaba para contener una pequeña sirena ultrasónica.

Carmen Valdivia introdujo el cilindro en el agujero hecho por el taladro, arrancó de un tirón la sirena ultrasónica y retrocedió. La delgada varilla empezó a despedir luz y a hincharse con rapidez. Al hacerlo entre las piezas que cerraban el haz de tubos lanzatorpedos separó a éstas y las incrustó en sus alvéolos con seco crujido. La fuerza

de la materia al recobrar sus espacios vacíos era gigantesca y todavía no había sido completamente utilizada por el Hombre.

La varilla, convertida en un gigantesco cilindro macizo de "dedona", se quedó incrustada entre la destrozada compuerta.

- La grúa -reclamó Carmen Valdivia.

Una gigantesca grúa salió de un cajón en medio de un globo de fuego y quedó lista con todos los aparejos en tres minutos escasos. Un mago prodigioso parecía haber descendido sobre "Valera" llevando en sus cajas maravillosas gran variedad de juguetes que luego se convertían en máquinas gigantescas.

El cilindro fue inducido eléctricamente para que perdiera casi todo su peso. La grúa lo tomó y lo echó a un lado. Luego enganchó las piezas de la compuerta destrozada y las arrancó una tras otra hasta dejar despejadas las bocas de los cuatro tubos.

- Los tubos están ocupados -anunciaron por radioteléfono-. Hay un torpedo en cada uno de ellos.

- Pues sáquenlos de ahí -ordenó Miguel Ángel Aznar.

La grúa enganchó los torpedos y los sacó fuera. - Los cierres de las recámaras son de acero.

Esos nos darán menos trabajo. -dijo Miguel Ángel.

La grúa tomó la taladradora ultrasónica y la descolgó por uno de los cuatro tubos que habían quedado vacíos.

Miguel Ángel Aznar consultó su reloj.

- Hay que darse prisa -murmuró-. El grueso de la fuerza está para llegar.

En el mismo momento, en la cámara de radar de la cámara de control del autoplaneta, un sargento se inclinaba sobre la pantalla de uno de los aparatos.

- Vaya -murmuró-. Hoy tenemos granizada de aerolitos. Lo menos son diez mil.

Y se quedó ante la pantalla, viendo aquella miríada de puntitos de luz que se encendían y apagaban en el negro cristal.

A 15 metros de profundidad, en las entrañas del tubo lanzatorpedos, la taladradora recortaba la tapadera de la recámara como si fuera la de una caja de sardinas. El disco de acero cayó con estrépito dentro de la cámara lanzatorpedos. Y una violentísima corriente de aire zarandeó a Miguel Ángel y a los dos hombres que estaban dentro del tubo.

Cuando la salida de aire disminuyó de violencia Miguel Ángel saltó del tubo a la cámara. Esta era a modo de una celda excavada con infinita paciencia en la "dedona" de que estaba formada la masa del planetillo. Inmediatamente debajo de los tubos de lanzar se veía un enorme cilindro de acero que giraba sobre un eje. Era el "revólver" que cargaba los tubos.

Los torpedos llegaban desde el depósito situado a 50 kilómetros de profundidad por dos tubos perforados a través de la corteza del planetillo. Por aquí entraría el ejército de invasión.

Una voz gangueó en los auriculares de Miguel Ángel Aznar. - ¡Atención! ¡Radar a comandante! ¡La Fuerza se aproxima!

Miguel Ángel se apresuró a abandonar la excavación para volver a la polvorienta superficie del planetillo.

Poco después se inclinaba sobre la pantalla del radar donde brillaban miríadas de pequeños puntos de luz.

El corazón le saltó esperanzado. - ¡Enciendan el proyector de rayos infrarrojos!

El proyector, que como el radar y demás equipo había llegado hasta "Valera" metido en pequeñas cajas, apuntó al cielo su invisible haz de rayos infrarrojos.

Pero aquel potente rayo, aunque invisible para el ojo humano, fue visto por el contralmirante Albatros que llegaba al frente de la Fuerza de Asalto. Lo vio gracias a unos anteojos especiales y exhaló un suspiro de alivio. Encendió una linterna eléctrica, la llevó a la espalda para que fuera vista por la tropa que le seguía y se dirigió hacia aquel rayo.

Allá en la sala de radar del autoplaneta "Valera", el sargento empezaba a impacientarse después de seguir durante diez minutos la trayectoria de la lluvia de aerolitos. De pronto vio que los extraños bólidos cambiaban de dirección. - ¡Qué cosa más extraña! - murmuró para sí.

Y por su pensamiento cruzó como un relámpago la idea de que podía tratarse de otra cosa que no fuera aerolitos-. ¡Hombres!

Precisamente dos días atrás se había descubierto volando en dirección a "Valera" la flotilla de destructores de Miguel Ángel Aznar, a la cual buscaba la Armada Imperial por los alrededores de Saturno.

Aquellos navíos escaparon apenas la Armada de "Valera" salió al espacio. Pero antes de darse a la fuga ¿no pudieron aquellos destructores lanzar al espacio un pequeño ejército?

El sargento palideció y llamó al oficial de su sección. Dos minutos más tarde, el oficial saltaba hacia el televisor y se ponía al habla con el oficial de la sala de guardia. El oficial de guardia apretó el botón de su televisor y ordenó al hombre cuya imagen apareció en la pantalla: - ¡Con el Almirante Mayor! -. Y a los oficiales que le miraban con la preocupación retratada en sus pupilas ordenó: - ¡Muévanse! ¡Den la señal de alarma a las baterías antiaéreas de ese Sector!

Mientras allá en la lóbrega superficie de "Valera" Miguel Ángel ordenaba: - ¡Que salgan las zapatillas volantes a proteger nuestra Fuerza!

Las "zapatillas" volantes eran diez y habían sido metamorfoseadas

mientras Miguel Ángel estaba violando el cierre de las recámaras de los tubos lanzatorpedos de "Valera". Luego, mientras el almirante seguía con el auxilio del radar la trayectoria de las Fuerzas de Asalto, los hombres habían cargado las ametralladoras de las diez astronaves con proyectiles dirigidos "aire a tierra" reducidos al tamaño de los cañones que debían dispararlos.

Las "zapatillas" se elevaron en la densa oscuridad y subieron verticalmente al encuentro de las tropas que sólo estaban a diez mil metros de altura sobre la superficie del planetillo.

Cuando las pequeñas aeronaves se encontraban a seis mil metros y a sólo dos mil de las Fuerzas de Asalto, las baterías antiaéreas de "Valera" dieron señales de vida disparando una andanada de granadas atómicas. Aquellos proyectiles estallaron en mitad de la nube de asaltantes y destrozaron por lo menos a un centenar. De haber seguido disparando hubieran reducido a la mitad el número de aquellas tropas antes que aterrizaran en "Valera".

Pero las "zapatillas" picaron hacia "Valera" disparando sus ametralladoras. Todo el cielo se llenó de chispas azul-verdosas que surcaban el negro espacio dejando tras sí estelas de polvo luminoso. Las pequeñas granadas se agigantaron hasta medir ocho metros de longitud y, ya convertidas en proyectiles dirigidos atómicos, cayeron con furia sobre las casamatas de los cañones antiaéreos valeranos.

Los cañones que siguieron disparando fueron muy pocos. Y al cabo de dos minutos habían sido silenciados en medio de fantásticas llamaradas atómicas.

Las tropas de Asalto aterrizaron violentamente en el cráter donde Miguel Ángel Aznar y el equipo de demolición esperaban llenos de ansiedad. El contralmirante Albatros, atraído por el haz de luz infrarroja como una mariposa, tomó suelo junto al proyector. - ¡Pronto a los tubos! -gritó Miguel Ángel sin darle siquiera la bienvenida. Y asiendo a su mujer de una mano la arrastró consigo hasta los tubos abiertos.

Empuñando con la izquierda la subametralladora, y con la mano derecha los botones reguladores del antebrazo izquierdo, Miguel Ángel se dejó caer de pies dentro del tubo.

Mientras tanto, allá en la cámara de control del autoplaneta, el oficial de guardia gemía ante la imagen del Almirante Mayor:

- Las tropas enemigas han conseguido poner pie en "Valera", Excelencia. - ¡Estúpidos! - gritó el Almirante Balmer-. ¡Ahora tratarán de forzar alguna de las entradas! ¡Que salga la Flota a aniquilarlos mientras intentan abrirse paso!

El Almirante Mayor ignoraba que el paso ya estaba abierto, y que Miguel Ángel en persona, seguido de varios millares de hombres, estaba descendiendo por uno de los tubos porta torpedos como por un

tobogán.

Por el tubo contiguo bajaba el contralmirante Albatros, seguido por otra interminable fila de hombres cargados de armas y de cajas de cristal.

Pero el camino era largo, y todavía tardarían una hora en recorrerlo hasta salir bajo el rutilante sol artificial que calentaba e iluminaba las entrañas del planetillo hueco. Y los dos tubos sólo podían tragarse veinte hombres por minuto entre ambos. Había que practicar otras entradas o los diez mil hombres y mujeres de las Fuerzas de Asalto tendrían que esperar nueve horas hasta que el último de ellos se introdujera por los tubos.

El equipo de demolición ya estaba en la tarea de forzar la tapadera de otra batería lanzatorpedos. Pero mientras, las tropas tenían que sostenerse sobre la superficie de "Valera".

Cinco minutos después de haber recibido instrucciones, una flotilla de un millar de destructores que se encontraban en el hemisferio de "Valera" iluminado por el Sol volaban velozmente hacia el hemisferio contrario. Cuando llegaron allí diez minutos más tarde fueron sorprendidos por una nube de torpedos que, disparados en forma de granadas desde las baterías emplazadas en los bordes del cráter donde pululaba el enemigo, les redujeron a pedazos en un abrir y cerrar de ojos.

En aquellos momentos el equipo de demolición de Miguel Ángel Aznar abría el acceso por otra batería de tubos lanzatorpedos. Y al mismo tiempo, cinco mil tarántulas robot salidas de un cajón de vidrio, movían sus horribles patazas en dirección a las casamatas de la artillería antiaérea destrozadas por los "torpedos de las "zapatillas volantes"

Desde corta distancia, las monstruosas arañas abrieron fuego de cañón contra los restos de las baterías hasta arrancarlas de cuajo de sus sólidos basamentos.

Una nube de hombres voladores cayó sobre las ruinas. Una gigantesca grúa creció allí mismo y empezó a coger y apartar los pesados restos de metal que obstruían las escaleras y ascensores.

Cuando los accesos subterráneos a las baterías quedaron limpios, las Tropas de Asalto empezaron a introducirse por los huecos como enjambres de alocadas avispas.

Entonces llegó la II Flota Imperial. Diez mil destructores y cruceros dispararon sesenta mil proyectiles dirigidos "aire a tierra". Las cinco mil tarántulas robot de las Fuerzas Acorazadas invasoras, mandadas por control remoto desde cinco grandes esferas flotantes de metal, dispararon una nube de proyectiles dirigidos "tierra a aire". Los cañones de múltiples bocas emplazados en los bordes del cráter rompieron a disparar también. Y las Fuerzas de Asalto se unieron a la

refriega disparando al cielo sus fusiles ametralladores cargados con balas que se metamorfoseaban en su trayectoria convirtiéndose en mortíferos cohetes "suelo a aire".

Los sesenta mil proyectiles de la Flota no sólo fueron detenidos en el espacio en mitad de su incesante crepitar de explosiones, sino que llegaron hasta los buques y dejaron fuera de combate a gran número de ellos. Y como tarántulas, cañones y ametralladoras seguían disparando su aterradora nube de proyectiles "suelo a aire", la Flota Sideral tuvo que retirarse para pedir refuerzos.

Entre tanto, el número de tropas disminuía rápidamente en el cráter. Otras dos baterías lanzatorpedos estaban tragando ya cuarenta soldados por minuto. Y por las escaleras y los huecos de los ascensores de las arrasadas baterías antiaéreas bajaban hacia las entrañas de "Valera" un torrente de hombres y mujeres vestidos de cristal de pies a cabeza. Antes de media hora, toda la Fuerza de Asalto estaría rodando, corriendo o volando por las escaleras y los corredores que horadaban la gruesa corteza del planetillo.

En aquel momento Miguel Ángel Aznar y el contralmirante Albatros llegaban al depósito de torpedos al frente de las Tropas de Asalto. Cuarenta minutos habían invertido en recorrer los 50 kilómetros desde la superficie del planetillo hasta este arsenal. A partir de ahora viajarían con mayor rapidez. A su disposición tenían los enormes montacargas que servían para traer hasta el depósito los torpedos que se fabricaban en las instalaciones industriales de la cara interior de "Valera".

CAPITULO VII

Mientras el montacargas subía llevando apelotonados en su plataforma dos centenares de soldados vestidos de diamantina, con su impedimenta de armas de cristal, Miguel Ángel Aznar utilizó la radio para comunicar con el capitán Tortajada.

- Todo está tranquilo ahora aquí arriba -informó Tortajada-. La Flota se retiró hace dos minutos, pero no tardará en volver. - ¿Cuánta gente queda ahí arriba?

- Es difícil saberlo en esta maldita oscuridad. Calculo como un millar a lo sumo.

- Abandónenlo todo y apresúrense a entrar por los tubos y las escaletas antes que vuelvan los buques.

El montacargas empezaba a perder velocidad. Y como para entonces ya se movía dentro de una atmósfera y el sonido podía transmitirse, Miguel Ángel cerró la radio y dijo por el micrófono exterior:

- Prepárense. Estamos llegando.

En efecto. Medio minuto más tarde el montacargas se detenía con brusquedad, las puertas se abrían automáticamente y los invasores se veían en el andén del aparcadero de una vía férrea. Sobre sus cabezas brillaba centelleante el sol artificial de "Valera" y ante sus ojos maravillados se extendía el paisaje tantas veces soñado de un verde bosque bajo un cielo azul.

Era ésta la primera vez que los viajeros del espacio veían árboles después de 55 años. Y la inmensa mayoría de ellos no los habían visto jamás, porque nacieron mientras sus padres viajaban a bordo del "Rayo".

Miguel Ángel miró alrededor.

- Debemos estar a doscientos kilómetros de Nuevo Madrid - murmuró. Y para estar más seguro ordenó-: ¡Saquen el telémetro!

El telémetro fue montado en un instante. Entre tanto llegó un segundo montacargas con otro contingente de tropas.

Miguel Ángel aplicó los ojos al ocular. Como quiera que la superficie interior de "Valera" era cóncava en vez de convexa, todos los puntos del planetillo podían verse desde cualquiera de sus puntos. A través de la atmósfera que llenaba el interior del planetillo hueco, Miguel Ángel divisó varias populosas ciudades que no tardó en reconocer por las montañas, los ríos o los lagos inmediatos a ellas. - ¡Allí está Nuevo Madrid! -señaló con la mano-. Doscientos cincuenta kilómetros de distancia!

El contralmirante Albatros, que acababa de saltar del segundo montacargas, se acercó al joven.

- Albatros -le dijo Miguel Ángel-, deje aquí un par de hombres para que señalen la dirección a los que vayan llegando y vamos con los demás hacia Nuevo Madrid. Si damos tiempo a la Armada y al Ejército Robot de "Valera" para que contraataquen estaremos perdidos sin remedio.

Albatros señaló a los hombres que debían quedarse. Los otros cuatrocientos, con Miguel Ángel Aznar a la cabeza, se elevaron con sus "backs" por encima de los árboles, abrieron los reguladores de sus reactores y partieron como flechas en dirección a la capital del autoplaneta.

Al cabo de unos minutos iban lanzados a mil kilómetros por hora. Bosques, ríos, lagos y hasta un par de ciudades deslizábanse velozmente bajo sus pies. Los habitantes de aquellas ciudades apenas si tuvieron tiempo de verles. Cada hombre era un meteoro con la mirada fija en la fantástica ciudad de cristal que iba creciendo ante sus ojos.

Quince minutos más tarde, Miguel Ángel ordenaba por radio: - ¡Al asalto!

Estaban llegando a la ciudad.

La pequeña nube de hombres picó vertiginosamente hacia el centro de la capital, allí donde se levantaba el majestuoso palacio de cristal del Emperador Sol.

Cinco minutos más tarde, los sorprendidos habitantes de Nuevo Madrid veían descender sobre la monumental Plaza de América una nube de hombres vestidos de diamantina de pies a cabeza, los cuales hicieron una primera pasada a corta altura soltando una lluvia de pequeños objetos resplandecientes que rebotaron contra el suelo, se hincharon en forma de globos de fuego verde-azulado y se transformaron en una muchedumbre de pululantes tarántulas robot y esferas de "dedona".

En la azotea del propio palacio imperial se posaron una docena de aquellos extraños visitantes que inmediatamente hicieron aparecer cuatro o cinco cañones y ametralladoras, los cuales cargaron con las cajas de municiones que también llevaban consigo.

El resto de la nube de asaltantes aterrizó en la plaza. Y mientras los aterrorizados habitantes de Nuevo Washington corrían espantados de un lado a otro, aquellos hombres se metieron dentro de las tarántulas y las grandes esferas metálicas que parecían haber brotado del mismo suelo de la enorme plaza.

Miguel Ángel Aznar y su mujer se arrastraron dentro del vientre de una de las horribles tarántulas.

Mientras ella cerraba la recia portezuela, Miguel Ángel tomaba asiento ante los mandos y ponía en funcionamiento el aparato de radio de la extraña máquina: - ¡Miguel Ángel a tropas de Asalto: A la sala de Control!

Y moviendo palancas y apretando pedales puso en marcha su máquina. La tarántula dio un salto hacia adelante y empezó a correr hacia el palacio imperial moviendo velozmente sus tres pares de patas.
- ¿Qué edificio es ese? -preguntó Carmen Valdivia mirando a la pantalla de televisión.

- Está enclavado donde antes se levantaba nuestro palacio residencial. Pero la Sala de Control debe continuar debajo. - ¿Y si la hubieran cambiado de sitio? - preguntó Carmen.

Miguel Ángel gritó nerviosamente: - ¡No me fastidies Carmen! ¡La Sala de Control tiene que estar ahí!

La tarántula robot enfiló la monumental puerta del palacio imperial, donde la guardia corría desatentadamente sin saber qué hacer ante la inopinada invasión de aquellas arañas mecánicas.

Un centenar de tarántulas, todas tripuladas por hombres, corrían velozmente en pos de la de Miguel Ángel. Estas tarántulas, al encontrar el camino interceptado por otras máquinas semejantes, trepaban por encima de ellas o las saltaban limpiamente, con prodigiosa agilidad.

Nada era capaz de detenerlas. La verja de oro que separaba la fachada del palacio de la plaza de América cayó abatida ante la embestida brutal de estos arácnidos mecánicos. Y el centenar de tarántulas compitió en velocidad para ver quién llegaba antes y entraba en el fantástico palacio de cristal y mármol.

Todavía entre la verja y la fachada de palacio se extendía una plaza parecida a la antigua Plaza de San Pedro del Vaticano. Las tarántulas atravesaron este espacio despejado y embistieron furiosamente contra las gigantescas puertas de cristal que se estaban cerrando.

Las puertas fueron arrancadas de cuajo. Y un torrente de arañas entró como un alud en el majestuoso palacio haciendo correr ante sí a los soldados de la Guardia del Emperador.

Mientras tanto, otras diez mil tarántulas robot dirigidas por control remoto desde un centenar de arácnidos mecánicos más grandes, con un enorme número pintado sobre sus grises caparazones, se esparcían por las avenidas de un kilómetro de anchura que desembocaban en la Plaza de España (ahora de América) y hollaban con sus patazas las calles encauchutadas poniendo en fuga a los peatones, apartando a empellones los millares de automóviles y arrancando de cuajo los árboles que les salían al paso.

Al mismo tiempo, otras diez mil esferas de "dedona" de diez metros de diámetro, se elevaron a la altura de las azoteas y siguieron desde el aire el avance de las tarántulas.

Simultáneamente, Miguel Ángel entraba con su tarántula en un majestuoso corredor de cincuenta metros de anchura y haciendo jugar los cañones la máquina ponía en fuga o destrozaba literalmente a la guardia imperial.

Arañas de cristal, estatuas, placas de diamantina y miembros humanos saltaron en todas direcciones en medio de fragosas explosiones atómicas. El edificio entero se estremeció.

Un poco más adelante el piso descendía en pronunciada rampa y se internaba en un túnel. - ¡La entrada de vehículos de la Sala de Control! - gritó Miguel Ángel jubiloso.

Y dando a su máquina toda la velocidad que podía desarrollar -unos cien kilómetros a la hora- se introdujo en aquella rampa seguido de las tarántulas de sus compañeros.

Un kilómetro de carrera, salvado en poco más de medio minuto, le llevó a una plaza subterránea donde se veían aparcados un buen número de automóviles.

Restaurantes, salas de recreo y descanso, una biblioteca y una peluquería para el personal de aquella dependencia daban a la plaza. También daba la puerta de la cámara de derrota, de diez metros de anchura por cinco de alta.

La puerta en sí, formada de una cortina de "dedona" de un metro de

espesor, estaba cerrándose en aquellos instantes.

La tarántula de Miguel Ángel Aznar, llegando a toda velocidad por la rampa, cruzó como una exhalación la plaza y fue a incrustarse violentamente entre el piso y la formidable cortina metálica que caía desde arriba.

La gigantesca mole de "dedona" pilló la cabeza de la tarántula robot, hecha de igual materia, y la aplastó en medio de un espantoso crujido. Miguel Ángel Aznar y su esposa, lanzados por la violencia del choque contra el tablero de instrumentos y la pantalla de televisión que tenían delante, hubieran muerto con toda seguridad a no ir equipados de chichoneras y metidos en sus recias armaduras, interiormente acolchadas.

Aún así, la contundencia del choque les dejó aturdidos por unos instantes. Alguien aporreó la portezuela desde afuera. Luego escucharon una voz que gritaba débilmente: - ¿Puede abrir, almirante?

Miguel Ángel abrió desde dentro. El piloto de una tarántula que estaba detenida junto a la de ellos le gritó: - ¡Suban a mi máquina!

Carmen Valdivia y Miguel Ángel tomaron sus ametralladoras y saltaron a tierra. Mientras su mujer trepaba a la máquina, Miguel Ángel observó que la aplastada cabeza de su máquina había quedado atrapada bajo la cortina y hacía ahora de cuña, impidiendo que ésta cerrara por completo. Entre la maciza puerta y el piso quedaba una ranura por la que podía deslizarse un hombre acostado.

Sin pensarlo dos veces Miguel Ángel se tendió en el suelo y metió la cabeza y los brazos por la abertura.

Desde allí pudo ver a dos hombres que se disponían a disparar contra él con fusiles ametralladoras.

Miguel Ángel se les adelantó haciendo tabletear su ametralladora. Los dos hombres que no iban defendidos con armadura, cayeron fulminados por las tremendas explosiones de los proyectiles atómicos disparados por Miguel Ángel Aznar.

El joven almirante acabó de pasar por debajo de la cortina y saltó en pie al otro lado. Disparó contra las tres puertas que daban a la antesala, las cuales eran de acceso y estaban cerrándose.

Dos de las puertas estaban cerrándose pero la del fondo quedó desgoznada. Por debajo de la cortina de "dedona" estaban entrando los pilotos de las tarántulas.

- Apoyemos las espaldas en esta pared y disparemos todos a la vez - gritó Miguel Ángel.

Siete hombres vestidos de diamantina se arrimaron de espaldas a ambos lados de la cortina. - ¡Fuego!

Los proyectiles estallaron contra la puerta del fondo y la echaron abajo con estrépito. La onda del aire desplazado empujó brutalmente a los tiradores contra la pared donde se apoyaban. - ¡Adelante!

Disparando sus ametralladoras desde la altura de las caderas los siete hombres avanzaron. Sus proyectiles entraban por la puerta abierta y explotaban en la sala contigua destrozando todo. Mesas, bancos, tableros de instrumentos y aparatos de radio volaban en todas direcciones como proyectiles.

Aquella era la famosa Sala de Control.

Detrás de aquellos siete hombres, todos los pilotos de las tarántulas fueron deslizándose por debajo de la cortina de "dedona" y entrando en la cámara del autoplaneta para unirse a la refriega.

Mientras tanto, las Tropas de Asalto seguían afluyendo como regueros de hormigas por ascensores y pasadizos que desembocaban en la superficie interior del planetillo. Aquellas tropas, apenas salían bajo la luz del sol de "Valera", levantaban el vuelo y surcaban el espacio hasta Nuevo Madrid, o Nuevo Washington, como ahora lo llamaban los Balmer.

Desde la azotea del palacio imperial, los cinco cañones allí emplazados abrieron el fuego contra una escuadrilla de destructores siderales que llegaban en vuelo bajo desde la próxima base. Los veinticinco destructores cayeron en pedazos sobre la ciudad aplastando varios edificios con el colosal peso de la "dedona" de sus cascos, que recuperaba todo su verdadero peso al dejar pasar por sus moléculas la corriente eléctrica.

Entonces aparecieron sobre Nuevo Washington un millar de meteóricas "zapatillas volantes" de la flotilla particular de Miguel Ángel Aznar. Su venida fue muy oportuna, porque una flotilla de un millar de destructores siderales avanzaba sobre la ciudad disparando proyectiles "aire a suelo" contra las fuerzas acorazadas invasoras.

El millar de "zapatillas" disparando torrentes de torpedos en forma de proyectiles de ametralladora, derribaron a los destructores sobre la ciudad. Hubo una nueva hecatombe de edificios aplastados.

La flotilla de "zapatillas" siguió adelante hasta la próxima Base Sideral. Allí había hasta veinte mil navíos de todas clases que estaban preparándose para zarpar. Las "zapatillas", disparando cada una dos mil torpedos por minuto con sus cuatro bocas de fuego, efectuó una pasada sobre la Base haciendo tabletear sus ametralladoras. Una ráfaga de cinco segundos bastó para liberar a ciento setenta mil torpedos que dejaron la Flota convertida en un humeante montón de chatarra.

Las "zapatillas" siguieron volando a tres mil kilómetros por hora. Diez minutos más tarde se tropezaban con una imponente Flota de cien mil acorazados, cruceros y destructores siderales que se estaban formando sobre otra base. En un solo minuto las "zapatillas" pusieron en el aire dos millones de torpedos autómatas. La Flota cogida por sorpresa, se desbarató en un momento precipitándose al lago que

sobrevolaba.

Para entonces habían llegado numerosos refuerzos a Nuevo Washington. Quinientos hombres y mujeres combatían en la Cámara de Control del autoplaneta, la cual cayó al fin en manos de Miguel Ángel.

En los bosques inmediatos a la capital, el Ejército Imperial libraba una apocalíptica batalla contra las Fuerzas Acorazadas invasoras.

En estos momentos quedaban muy pocos miles de torpedos autómatas enanos a las fuerzas de Miguel Ángel. Pero la provisión de proyectiles "suelo a suelo" y "suelo a aire" estaban prácticamente intactas. Eran tan numerosas como la reserva de torpedos antes que el "Rayo" cruzara las fronteras del Reino del Sol.

Las esferas blindadas de Miguel Ángel disparaban granadas iguales a las de sus enemigos. Pero entre estos millares de esferas, varios centenares iban tripuladas por seres humanos y disparaban como granadas proyectiles "suelo a suelo" y "suelo a aire" de mortífera precisión. Cuando uno de aquellos proyectiles de cabeza de combate atómica acertaba en una esfera blindada imperialista -y acertaban siempre- ésta saltaba en pedazos como una nuez entre dos mazas.

Mientras se desarrollaba esta furiosa batalla, las Fuerzas de Asalto capturaban en el propio palacio al Emperador Sol, Jorge VIII, y a buena parte de sus más prestigiosos generales y almirantes.

El Ejército y la Armada Imperiales seguían combatiendo, aunque sin orden ni concierto. La sorpresa, el exagerado poder que se atribuía al menguado ejército de Miguel Ángel Aznar y la falta de un cerebro director fueron factores de enorme peso en la estrepitosa derrota del Ejército y la Armada Imperiales. Pero otras circunstancias concurrieron también en la derrota, siendo la primera el prestigio de Miguel Ángel Aznar; la segunda, el hecho de que la cámara de control estaba en manos de los invasores; la tercera, que el Emperador era prisionero de Miguel Ángel; la cuarta que la lucha se desarrollaba en la propia casa de los Balmer; y la quinta que la Armada Imperial se encontraba fuera de "Valera" y no podía volver a entrar.

La cámara de control estaba virtualmente destrozada; bien. Pero muchas de las baterías lanzatorpedos funcionaban todavía, y las compuertas no podían abrirse desde afuera.

Después de quince horas de lucha, los Balmer se rendían ante el invasor. Este, atrincherado en Nuevo Washington, no podía ser desalojado de allí sin aniquilar a los cinco millones de habitantes de la ciudad.

Porque en "Valera" no existían refugios antiatómicos.

Al cesar la lucha, José Luis Balmer se presentó ante su cuñado acompañado de Mercedes de Aznar, de su mujer y de su hija. Era un hombre francamente feliz. Después de semanas de habitar entre los de

su "tribu" había llegado a la conclusión de que el Imperio de los Balmer era el disparate mayor de cuantos pudieran imaginar cerebros desequilibrados.

CAPITULO VIII

En la Tierra, en Marte y en Venus, millones de seres, incluso millones de Balmer, pensaban igual que José Luis.

Al saberse en estos planetas que Miguel Ángel Aznar se había apoderado de "Valera" y alzaba la bandera de la libertad, la indignación que durante dos siglos había estado incubándose en el ánimo de los pacientes habitantes del Reino del Sol se manifestó abiertamente en forma de revueltas, manifestaciones populares y asesinatos de notables Balmers.

- Esto era lo peor que podía ocurrir -comentó Miguel Ángel Aznar al tener noticias de aquello-.

Muchos Balmer estaban ya cansados de tanta farsa ridícula y deseaban derribar el Imperio. Pero si su sangre empieza a correr tomarán como cosa de honor vengar esa sangre derramando otra sangre.

En efecto. Los Balmer que se mostraban indiferentes a la supervivencia o aniquilamiento del Imperio, e incluso los que se avergonzaban de los desacatos al derecho del hombre perpetrados por su propia "tribu", sintieron hervir su sangre de indignación y juraron muerte y odio eterno a los Aznares.

La nobleza Balmer, unida en el peligro, se puso de acuerdo una vez y nombró otro Emperador. La Armada Imperial regresó de Saturno donde buscaba inútilmente a Miguel Ángel, abandonó la persecución de la flotilla de destructores y se concentró en torno a la Tierra.

El Imperio contaba con una importante baza -su Armada Sideral- y estaba dispuesto a jugarla. Seis millones de buques de guerra, con magníficas bases y bien surtidos arsenales en la Tierra, en Marte y en Venus se enfrentaban a Miguel Ángel Aznar.

Miguel Ángel tenía "Valera" con sus fabulosos almacenes de proyectiles de todas clases, sus mil gigantescos "discos volantes" adheridos a la superficie del planetillo, sus máquinas para reducir artefactos de tamaño y sus ochenta millones de prisioneros.

Pero lo más importante que tenía eran sus problemas. Los repletos arsenales de "Valera" de nada le servían si no podía reducir de tamaño ingentes cantidades de proyectiles. Para reducirlos necesitaba máquinas que debía construir el profesor Valdivia. Y para servirse de estos proyectiles previamente reducidos necesitaba buques que los transportaran hasta el campo de batalla.

Ahora bien; el profesor Valdivia se había quedado a bordo de la

flotilla de destructores. La flotilla no podía acercarse a "Valera"; primero, porque éste tenía inutilizadas sus compuertas; segundo, porque la Armada Imperial bloqueaba el planetillo.

Por la misma razón, la Flota Leal que ascendía a unos veinte mil buques tampoco podía entrar en "Valera". Y Miguel Ángel disponía solamente de diez mil hombres y mujeres, mal contados, para reparar las averías de la cámara de control, para atender a los múltiples servicios del gigantesco orbimotor, para fabricar proyectiles enanos, y para vigilar a ochenta millones de prisioneros.

Bien era cierto que al menos diez de estos ochenta millones de valeranos no eran Balmers. Pero aquella gente no servía para nada, pues nada sabía hacer excepto servir a sus amos. Y como los restantes setenta millones de Balmers no podían tenerse encerrados en una mazmorra ni siquiera en un campo de concentración, Miguel Ángel se veía en la necesidad de emplear casi todas sus fuerzas en el servicio de policía para evitar golpes de mano y sabotajes.

Miguel Ángel optó por salir en busca de la Flota Leal y de su propia flotilla de destructores, ya que éstos no podían ir a su encuentro. Apenas hubo hecho las reparaciones más indispensables en la cámara de control, puso en marcha los gigantescos reactores de "Valera" y arrancó a éste de su órbita en torno a la Tierra.

Pero la Armada Imperial le persiguió desde respetuosa distancia manteniendo su bloqueo.

- Hay que poner fin a esta situación. El profesor Valdivia y sus ayudantes tienen que entrar cuanto antes en "Valera" -dijo Miguel Ángel.

José Luis Balmer insinuó: - ¿Por qué no efectuamos una salida con los discos volantes y las "zapatillas" haciendo coincidir este ataque con una carga de la Flota Leal?

- Apenas si nos quedan unos millares de torpedos enanos, pero todavía tenemos cierta cantidad de proyectiles dirigidos "suelo a aire" y "suelo a suelo" -murmuró Miguel Ángel.

- Los discos volantes, además pueden lanzar torpedos corrientes.

- Lo difícil es ponernos de acuerdo con don Marcelino -dijo Miguel Ángel-. El enemigo está a la escucha e interceptará cualquier radio que enviemos a la Flota Leal. Los Balmer saben bien lo que hacen.

Saben que aunque estemos fabricando torpedos enanos en grandes cantidades no nos servirán de nada si no disponemos de buques para llevarlos a donde queramos. Lo que ignoran es que nuestra situación es mucho peor. Ni siquiera estamos reduciendo torpedos. Si fuera así podríamos reunir varios millares de "zapatillas", de falúas de lujo y cualquier cosa que volara y armarlas de ametralladoras para salir a darles la batalla. Incluso podríamos utilizar nuestros "tanques" esféricos para que dispararan torpedos reducidos en vez de granadas.

- Debiste prever esta contingencia -dijo José Luis.

- Sí -gruñó Miguel Ángel-. Debí preverla y no lo hice. No quise correr el riesgo de que mi suegro cayera en manos de los Balmer si fracasaba nuestro asalto.

- Bien. ¿Entonces, qué hacemos?

- Nada podemos hacer, sino esperar a que a los nuestros se les ocurra forzar el bloqueo del enemigo.

También podemos ir reuniendo los materiales que el profesor necesitará si algún día llega a "Valera". Y no sería mala cosa que educáramos a esos diez millones de hombres y mujeres que fueron criados de los nobles Balmer. Tal vez nos sean muy útiles, siquiera como gendarmes.

A partir de aquel día, los diez millones de hombres y mujeres no afectos a los Balmer empezaron a recibir instrucción militar.

"Valera" continuaba volando a través del espacio con frecuentes cambios de rumbo, siempre seguido por la Armada Sideral Imperial. En el interior del planetillo se vivía constantemente en alarma, debido a que los setenta millones de Balmer allí encerrados no cejaban en sus intentos de reconquistar el autoplaneta. Estos conatos de rebeldía terminaban siempre ahogados en sangre, con gran consternación de Miguel Ángel.

Al cabo de un mes el almirante decidió de pronto:

- Vamos a evacuar a esta gente metiéndola en los "discos volantes" más grandes y enviándola a la Tierra.

José Luis advirtió:

- De esta forma nos desprendemos de un millar de preciosos buques.

No importa. Lo que trato de impedir es que se derrame más sangre.

En la semana siguiente un centenar de gigantescos "discos volantes" evacuaron a setenta millones de Balmers. Todavía quedaban algunas decenas de miles escondidos en los bosques y montañas, buscando el momento apropiado para lanzar un golpe de mano. Pero a estos insensatos podía capturárseles poco a poco. Los 10 millones de gentes de otros apellidos que fueron criados de los imperialistas progresaban rápidamente en su instrucción militar.

A los sesenta días del victorioso asalto a "Valera", la Flota Leal surgió de las profundidades del espacio y se lanzó a la carga contra la Armada Imperial que bloqueaba a "Valera". Al tener noticias de ello Miguel Ángel ordenó que salieran a su encuentro las "zapatillas" volantes y otros vehículos aéreos que había armado de ametralladoras.

La Flota Leal, al mando del almirante don Marcelino Aznar, se precipitó sobre la Armada Balmer precedida de una nube de torpedos.

Desde la cámara de derrota de "Valera", Miguel Ángel Aznar siguió con el aliento en suspenso la carga de aquellos valientes.

- No lograrán pasar -murmuró lleno de angustia.

Las "zapatillas" y los "discos", lanzando proyectiles "suelo a aire" de características idénticas a los torpedos siderales, se vieron detenidos por un enjambre de buques enemigos apenas se alejaron del alcance de los torpedos de "Valera".

Los navíos imperiales eran tan numerosos que cubrían todo el espacio como una nube de estrellas. Los buques de la Flota Leal iban saltando en pedazos bajo el enjambre de los torpedos autómatas imperiales.

La flotilla de destructores del "Rayo" se defendía mejor, gracias a que podía disparar cantidades aterradoras de torpedos en un solo minuto. Pero también los destructores del "Rayo" iban sucumbiendo ante el número abrumador de los torpedos Balmer. - ¡Locos… locos! -murmuraba Miguel Ángel con los ojos llenos de lágrimas a la vista de aquel sacrificio estéril.

Leales e imperialistas llegaron sobre "Valera" confundidos en caótico alud. Una nube de torpedos se separó de "Valera" para unirse a la tremenda confusión.

La Armada Imperial se retiró, y entonces quedaron en el espacio un centenar escaso de solitarios buques leales y de la flotilla del "Rayo". Incluso parecía milagroso que estos hubieran podido llegar hasta aquí.

Los supervivientes entraron en "Valera" y minutos más tarde Carmen abrazaba llorando a su padre bajo la mirada de Miguel Ángel.

El profesor estaba pálido de emoción.

- Hijo -dijo estrechando la mano de su yerno-. Acabo de ver morir a los hombres más valientes del orbe. Murieron por cubrirme a mí, para que yo pudiera llegar hasta "Valera"…

Las lágrimas cortaron las palabras del venerable anciano.

- No han caído por usted, profesor Valdivia -murmuró Miguel Ángel-. Han muerto por la defensa de la libertad del mundo que una minoría de desequilibrados se empeñan en aherrojar. Nunca he odiado a nadie. Pero esos estúpidos ambiciosos que derraman ríos de sangre para poder seguir celebrando bailes de gala, adornarse con plumas y vivir en palacios de esmeralda… esos fanfarrones, esos imbéciles… ¡Oh!

Como me llamo Miguel Ángel Aznar que pagarán todos sus crímenes.

***

Unas horas más tarde, el profesor Valdivia y sus ayudantes estaban dirigiendo la construcción de la primera máquina que reducía los espacios vacíos de materia. Miguel Ángel andaba a la recuperación de buques destruidos para ver de repararlos y ponerlos nuevamente en

servicio.

La primera máquina del profesor Valdivia no empezó a funcionar hasta dos semanas más tarde. Pero como se había adoptado la fabricación en serie, el día siguiente se construían de un solo golpe diez máquinas.

En los días sucesivos siguieron poniéndose a la ardua tarea de reducir de tamaño los cincuenta mil millones de torpedos de los arsenales de "Valera" otras diez máquinas.

Al terminar el primer mes, había en "Valera" trescientas máquinas reduciendo un millón setecientos mil torpedos ¡cada día!

Para saciar la voracidad de aquellas máquinas los hombres hacían trabajar de firme a los formidables auxiliares mecánicos de que disponían.

Y mientras en "Valera" se almacenaban torpedos y se reconstruían buques, allá en la Tierra, Marte y Venus seguían produciéndose revueltas, asesinatos y represalias.

En vano Miguel Ángel aconsejaba calma en las alocuciones que cada día dirigía a un planeta distinto.

Los Balmer, conscientes de que estaban perdiendo la batalla antes de haber empezado la lucha, nerviosos ante las cifras astronómicas que cada noche lanzaba Miguel Ángel al éter desde la emisora de "Valera", se mostraban más violentos y brutales que nunca en sus dos siglos de dominación.

Los terrícolas, los marcianos y los venusinos envalentonados en la misma proporción que aumentaban las fuerzas de Miguel Ángel, se volvían más descarados, más atrevidos y revoltosos. El mundo parecía dominado por la fiebre de "hacer algo" para ayudar a la causa de la libertad, precisamente cuando sus esfuerzos ya no eran necesarios.

Los Balmer ahogaban en ríos de sangre estas manifestaciones de popular antagonismo hacia su imperio.

Al fin, uno de aquellos días, la cálida voz de Miguel Ángel Aznar, volando a través del éter en alas de las ondas hertzianas, anunció serenamente:

- "Ha llegado la hora de la libertad. La Armada Imperial puede escoger entre capitular sin condiciones, huir en busca de otros planetas deshabitados o presentar batalla. Su fin está sellado. La Armada Federal zarpa en estos momentos dispuesta a buscarla y a destruirla donde quiera que esté"

La Armada de los Balmer no estaba lejos, ciertamente. Los dominadores, en un estúpido gesto de orgullo, estaban decididos a no volver la espalda. Pelearían "pasase lo que pasase".

De "Valera" salieron disparados raudamente diez mil destructores, cruceros y acorazados. De su superficie se elevaron también unos 500 "discos volantes" que iban a actuar como buques de línea.

El Emperador Sol Balmer XII, que mandaba personalmente su imponente Armada de seis millones de navíos de línea, hizo una mueca al ver aquella menguada fuerza a través de su pantalla.

Los buques imperiales montaban por término medio 20 tubos lanzatorpedos que disparando a razón de cuatro proyectiles por minuto podían poner en el espacio ochenta torpedos por unidad y minuto. Seis millones de buques y ochenta torpedos por cada uno equivalían a la aplastante cifra de cuatrocientos ochenta millones de proyectiles por minuto. A una media de mil torpedos por buque, la Armada Imperial transportaba sobre sus lomos seis mil millones de torpedos.

Pero ¿y la Armada Federal mandada por Miguel Ángel?

También aquellos buques lanzaban ochenta torpedos por minuto cada uno. Pero como cada una de estas "latas de puros" se multiplicaba por mil, podían lanzar simultáneamente ¡ochocientos millones de torpedos! Esto sin contar los discos voladores.

La superioridad en buques estaba del lado del Emperador Balmer. Pero la superioridad en torpedos, que era la que realmente contaba, era de tres a uno a favor de Miguel Ángel Aznar.

Este, desde el puente del acorazado sideral "España" veía avanzar a su encuentro la Flota enemiga desplegada como una segunda Vía Láctea en una línea que abarcaba una enorme extensión del espacio, y se preguntaba si el Emperador Sol sabía lo que le aguardaba. Y si realmente estaría dispuesto a sacrificar todas las Fuerzas Sidéreas de la galaxia para satisfacer su póstumo orgullo, aun sabiendo que estaba derrotado de antemano.

- José Luis -dijo a su cuñado-. Intenta de nuevo entrar en contacto con el Emperador.

- Es inútil, Miguel Ángel. No querrá contestarte.

- Inténtalo. Millones de hombres van a morir en esta batalla a bordo de seis millones de buques. No sé si me atreveré a dar la orden de lanzar contra esos desdichados.

- Pues tú verás lo que haces -murmuró José Luis-. Si no lanzas contra ellos, ellos lanzarán contra ti.

Y volviendo a su aparato José Luis trató nuevamente de obtener respuesta de la nave almirante enemiga.

- El Emperador Balmer quiere que le mandes tu imagen -exclamó.

Miguel Ángel saltó ante el radiovisor. - ¡Conecta! - ordenó imperiosamente.

José Luis conectó, y en la pantalla apareció la imagen del Emperador Balmer XII, magnífico en su uniforme de gran gala de Jefe Supremo de las Fuerzas Siderales del Imperio. Miguel Ángel estaba tan emocionado que no atinó a pronunciar palabra. - ¿Qué quiere usted, Aznar? -preguntó bruscamente el Emperador Sol-. No crea que siento

curiosidad por saberlo, sino que quería ver su cara frente a frente.

- Atienda, almirante -dijo Miguel Ángel evitando darle el tratamiento de Emperador-. Lo que vamos a hacer es una locura... un crimen. Somos criaturas humanas. Hemos nacido en el mismo mundo, hablamos la misma lengua y profesamos la misma religión. Usted debe ignorar la tremenda fuerza que llevo a bordo de mis escasos buques, pues de lo contrario no se concibe que sacrifique a millones de hombres y mujeres alistados bajo su bandera. ¿Va a obligarme a aniquilar esa multitud aun sabiendo que su Flota no tiene una sola probabilidad de salir victoriosa?

- Balmers y Aznares no caben juntos en los mismos planetas -contestó el Emperador Sol-. Si ahora nos rindiéramos, mañana rodaría mi cabeza y la de muchos millares de Balmers bajo el hacha del verdugo. ¡Conozco bien a los de su ralea, Miguel Ángel! Esta es su oportunidad para erigir el Imperio de los Aznares y no la desaprovechará. - ¡Eso es absurdo! - exclamó Miguel Ángel-. Mi familia ha tenido ocasiones para tomar las riendas de la Humanidad y nunca lo hizo. Hemos sido exploradores y soldados y como tales hemos abierto para la Humanidad los horizontes de nuevos y prósperos mundos tomando posesión de ellos, no en nuestro nombre, que bien pudimos hacerlo, sino en nombre de la gran Federación de Planetas Terrícolas.

- Es cierto -repuso el Emperador-. Han sabido moverse siempre con tanta habilidad que han sido emperadores del mundo sin cargar con la responsabilidad de sus yerros. ¡Todas las dignidades... todos los honores para ustedes! Pero si algo salía mal de las decisiones que a su capricho tomaban. ¡Los Aznares no tenían la culpa! ¡No eran reyes ni emperadores sino simples generales y almirantes! Conocemos bien sus tretas, señor Aznar. Y sépalo de una vez. Los millones de hombres y mujeres que tripulan mis buques se apellidan Balmer y prefieren sucumbir ante ustedes que bajo ustedes. Si han de morir será porque Dios así lo ha dispuesto. Y morirán contentos.

- No puedo creerlo aunque lo jure.

- Pregúnteselo a ellos.

- Si yo pudiera hablarles, si los necios y orgullosos comandantes de esos buques permitieran que mi voz llegara hasta sus tripulaciones... ¡estoy seguro que se amotinarían contra ellos obligándoles a virar en redondo! - gritó Miguel Ángel.

- Los Balmer jamás huirán ante los Aznares -insistió el Emperador, como respondiendo a un pensamiento fijo en su mente-. Así que ya puede ir preparándose para lanzar. Estamos llegando a la distancia conveniente.

- Esperaré a que lancen ustedes -aseguró Miguel Ángel.

La pantalla quedó súbitamente a oscuras.

- Han cortado - anunció José Luis.

Miguel Ángel volvióse hacia la pantalla conectada con el telescopio electrónico. Los buques enemigos aparecían allí bastante grandes para poderse divisar sus emblemas. En todos campeaba el torvo búfalo rojo de largos y agresivos cuernos. Simbólicamente parecían representar el carácter rudo e irreflexivo de aquella gran familia.

Contempló fijamente aquellos navíos. El corazón le golpeaba brutalmente en el pecho. Tenía la esperanza de que el Emperador Sol se arrepintiera a última hora y… - ¡Han lanzado! - gritó José Luis, que había venido a situarse silenciosamente a su lado.

Miguel Ángel Aznar abrió los ojos desorbitadamente. Vio avanzar una densa nube de torpedos dejando una prolongada estela de luz en el negro vacío interestelar. Pero no se movió. - ¡Miguel Ángel! - gritó José Luis zarandeándole-: ¿Está loco? ¿No ves que nos van a destrozar? ¡Toma!

Y le puso la mano en el micrófono.

Miguel Ángel aspiró el aire con fuerza por las ventanillas de la nariz.

- Bien sabe Dios que yo no lo quise -murmuró.

Y tragando saliva ordenó: - ¡Lancen!

Los diez mil buques de línea y los "discos volantes" lanzaron simultáneamente…

La orgullosa Armada Sideral Imperial de los Balmer pereció en medio del medroso crepitar de las explosiones atómicas.

- Que vayan a recoger los náufragos -murmuró Miguel Ángel. Y dejándose caer en un sillón escondió el rostro entre las manos.

F I N